

**CAPÍTULO 6°. VALORES EN
MANJÓN**

CAPÍTULO 6°. VALORES EN MANJÓN

6.1. LA CRISIS DE VALORES EN LA RESTAURACION

El momento histórico que vivió Manjón., principalmente el Sexenio Revolucionario y seguidamente la Restauración han sido de los períodos más críticos y difíciles de toda nuestra historia contemporánea.

Fueron momentos de incoherencias políticas, de desastres económicos, de perdida de las últimas colonias, de atraso en la Revolución Industrial... Siendo estos aspectos de gran trascendencia y repercusión en la sociedad española de la época. Ella fue la gran perjudicada, de los desmanes políticos a que la sometieron las políticas y políticos que buscaban en el poder el engrandecimiento y la vanidad personal, sin preocuparse por España como correspondería a unos personajes que representaban al pueblo.

Bien es cierto que este período no fue producto del momento, sino de una crisis iniciada siglos antes y que tuvo su máxima repercusión durante la Restauración fundamentalmente. Instante este, en que Manjón lleva a cabo su obra pedagógico-literaria, en pos de alcanzar una regeneración social del pueblo a través de la educación

y a través también de una escala de valores, a veces diferente a la sostenida por los gobiernos de la época.

Esta diferencia en la jerarquía de valores que establecía Manjón y la establecida por los gobiernos que accedían al poder, no puede ser vista ni entendida sino desde la perspectiva histórica en que Manjón desarrolla su obra.

Dicha perspectiva histórica de continua polémica deber ser tenida en cuenta, a la hora de enjuiciar algunos textos de Manjón, al igual que su obra, así lo corrobora Prellezo cuando dice: “*el clima polémico contemporáneo contribuyó a colorear muchos párrafos de sus Hojas*” (1975: 78).

Esta afirmación de Prellezo puede ser comprobada en las numerosas obras que nos dejó escritas Manjón. A través de ellas, podemos advertir la preocupación y el buen hacer de un hombre, sumamente preocupado por la situación de penuria y dejadez en la que se encontraba su “*amada España*”.

A Manjón no debe enjuiciársele negativamente, por el hecho de que en algunas de sus obras ataque duramente a algunos sectores políticos o sociales, tan sólo pretendía poner de manifiesto lo graves problemas que azotaban a la patria. El no es como la mayoría, es decir, un teórico que se refugiaba como la mayoría de los críticos de la época en unos panfletos, libros o discursos sin fondo, cargados de ironías hacia los males patrios.

No, Manjón fue más allá que los demás. Desde su tenacidad y su “*rinconcito*” él definía a Granada: “*Se dice de Granada que es el mejor rinconcito de la tierra, y de sus cármenes que son pedacitos de cielo*” (Manjón,

1948: 40). Supo llevar a cabo, con su sabia mente privilegiada y reflexiva, como así lo recoge Montero: “*Era un hombre de reflexión y acción: reflexionaba sobre lo que hacia y hacia lo que había sometido a reflexión*” (1988: 6). Una obra eminentemente práctica fruto de su gran corazón, de su mente reflexiva y sus grandes amores: Dios, el prójimo y España, una obra social que fuera ejemplo claro de su teoría.

Esta obra no era tan sólo pedagógica, significaba mucho más, educar para salvar a la sociedad española y a España de la decadencia moral y cristiana en que se encontraba sumida. A él le corresponde, como afirma Turín: “*El mérito de haber intentado la apertura de un nuevo camino*” (1967: 272), no sólo en la educación, como precursor de la Escuela Activa (Montero, 1958), sino a través de ella, inculcar en la desmoralizada sociedad los valores cristianos, como medio para redimir a España de su desvalorización en la que estaba sumida.

A continuación vamos a dar respuesta a algunas de estas cuestiones: ¿Cuál era la situación real de una España en crisis?; ¿cómo la veía Manjón?; ¿qué soluciones aportaba para ayudar a España?.

La sociedad española de la Restauración, es una sociedad en una gran crisis, no sólo económica, social, política o cultural, sino lo que nos parece más grave aún, en una profunda crisis de valores, que abarca todos los ámbitos del país.

Es una crisis que se hace más patente en esta época, por el cúmulo de circunstancias que se concentraron en torno a ella.

Entendemos que esta crisis de valores de la Restauración, se da por coincidir durante en ella una multiplicidad de valores que entran a menudo en conflicto, en función de la ideología que las sustenta, lo cual como expone Gervilla, “*ocasiona enfrentamientos generacionales, al distanciarse u oponerse en la convivencia los valores absolutos de un colectivo humano y los de otros*” (1988: 64).

Efectivamente, la España de la Restauración se nos presenta como un país dividido entre dos ideologías principales, cada una de ellas aportando una jerarquía diferente de valores. Nos referimos al sector político-social liberal y a su opuesto el moderado. En torno a estas dos facciones y los valores que preconizan se va a aglutinar la gran masa popular, identificándose con una u otra escala de valores, lo cual no era muy propiciatorio para establecer un consenso que aunara las posturas, dadas las divergencias casi irreconciliables, que las separaban.

Los colectivos humanos de la época, optaron por seguir unos u otros valores, permitiendo de esta forma diferenciar a unos grupos de otros, según la opción elegida, pero manteniendo latente la rivalidad en todos los campos y ámbitos sociales.

Dichas postura antagónicas, tuvieron su campo de acción en el sector educativo, lugar donde cada facción en el momento de acceder al poder establecía su escala de valores diferentes y a veces opuesta radicalmente a la anterior y cuyo objetivo era imponer su jerarquía de valores a toda masa social.

Fueron las corrientes liberales del momento que irrumpieron con fuerza en una España maltratada y destrozada, con una sociedad deprimida y pesimista por los acontecimientos negativos que la ahogaban. Era un buen campo de abono para implantar nuevos ideales progresistas, al margen de los valores cristianos.

6.2. VISION DE MANJON DE LA CRISIS DE VALORES DE SU EPOCA

La imagen que Manjón tiene de la crisis de valores de su época, se puede ver a través de sus numerosas obras y escritos.

No podemos afirmar con rotundidad que dicha crisis influyera de forma determinante en su obra y escala de valores, pero sí parece evidente que Manjón, como hombre sensato, inteligente y cabal, tenía una imagen nítida de los males que azotaban a su “España”, y que para intentar solucionarlos, optara a veces por una postura crítica y dura.

Se trata de una postura coherente con sus planteamientos y valores cristianos, como fiel y acérrimo defensor y transmisor de los mismos, convirtiéndose de esta forma en un católico integral. A este respecto Montero señala: “*En un momento en que España estaba descuida, entre otras cosas, desde el punto de vista pedagógico, Manjón lanzó el grito de alarma con sus escritos y con la fundación de sus escuelas*” (1959: 4).

A través de estos escritos, Manjón nos manifiesta la realidad de la grave situación de crisis en todos los órdenes en una España al borde de la ruina moral y cristiana.

Las situaciones que nos describe se centran en estos dos aspectos básicamente pues, teme consecuentemente por la degradación de la sociedad a que se ven sometidos sus compatriotas. En sus obras Manjón no se conforma con poner de relieve la desvalorización de la sociedad, sino que como hombre reflexivo e inteligente y humilde al mismo tiempo, da soluciones lógicas para salir de estos momentos tan delicados. Así de sus obras se desprenden sabios consejos morales orientados a salvar por medio de la Doctrina Cristiana y la Educación, a una España y a unas gentes venidas a menos.

En todas las obras escritas por Manjón observamos como se desprende una honda preocupación por la grave crisis de valores patente en su sociedad. Manjón conocedor de su época, cree que es su deber exponer la cruda realidad por la que atraviesa España.

En sus trabajos nos hace una descripción pormenorizada, acerca de los males que están corrompiendo España. Son verdaderos testimonios históricos, donde se vislumbra su postura de denuncia hacia aquellos problemas que entorpecen el buen desarrollo religioso, moral, social, cultural de la España de la Restauración.

De entre toda la extensa obra de Manjón, creemos que son los dos libros que hacen especial referencia a la crisis de valores latente en su sociedad. Nos estamos refiriendo en primer lugar a la obra: *El problema social y la acción del clero, 1908*.

La segunda obra que aludimos data de 1921, aunque parece ser que la escribió al año anterior, tres años antes de su muerte y que tituló: *El gitano et ultra. Hojas de educación social et ultra del Ave-María*.

La primera obra, la escribe Manjón con sesenta y un años. Cabe esperar que tras estos largos años de entrega a los demás, principalmente a los pobres y de regeneración social del pueblo a través de su fundación pedagógica-social, creada veinte años antes, Manjón tenía una imagen de la crisis por la que atraviesa el país, según se deduce de esta obra.

En ella Manjón no sólo trata de la cuestión o problema social que como dice: *“No sólo existe, sino que es el problema de los problemas. La cuestión social es la cuestión de las cuestiones en nuestros tiempos”*(1908: 7); sino que además la relaciona con la actitud pasiva del clero de su época ante esta problemática, invitándolos a actuar activamente: *“Se trata de acciones, no de discursos y acciones que teniendo por objeto el bien social o de los demás, tengan por sujeto agente al clero de España en nuestros días”*(1908: 5).

Lo entiende de esta forma Manjón, ya que ve como los problemas del país se extienden a gran velocidad, viendo cómo el cambio de valores suscitado por sectores progresistas, está minando la sociedad española, atacando los valores que se encuentran en la religión.

El objetivo básico que mueve a Manjón a realizar esta obra, nos explica él mismo en sus primeras páginas: *“Hacer algo que tienda a mover al clero, llevarle desde el templo y sacristía, donde tiene misión y autoridad exclusiva a la*

acción pública y social de la plaza, la escuela, la asociación, la prensa, las urnas, donde pueda cooperar con las demás clases sociales, para coeducar y mejorar, redimir y salvar al pueblo y principalmente a los pobres, que son los más necesitados, es un algo muy grande y muy difícil. Para lograrlo y aún intentarlo, se necesitan condiciones excepcionales, que no tengo, y la autoridad y prestigio de que carezco”(1908: 6).

Pero ¿qué concepción tiene Manjón de la cuestión social, como fomentadora de la crisis de valores? Para explicárnosla íntegramente, expone dos significados, uno genérico y otro reducido aludiendo al problema en sí.

En su sentido más amplio: *“Es el malestar que sufre la sociedad por los errores y abusos teológicos, éticos, jurídicos, económicos y políticos de los hombres y sus instituciones en los últimos cuatro siglos”* (Manjón, 1908: 7-8).

En su sentido más restringido: *“es ese malestar en cuanto a afecta especialmente a las clases trabajadoras en cuanto viene a producir la lucha entre el capital y el trabajo, entre patronos y obreros”* (Manjón, 1908: 8).

De ambos sentidos se deduce la pobreza espiritual y moral a que ha llegado la sociedad española, pero lo que más le preocupa a Manjón, son las clases humildes y trabajadoras, al ser estas por su difícil situación, las más afectadas por la crisis de valores en que están inmersas y así lo denuncia: *“Siempre ha habido pobres y siempre los habrá, pero no siempre ha existido el pauperismo que es la postema de la sociedad actual y la vergüenza de la civilización moderna”* (1908: 8).

Manjón ve consecuentemente a través de la cuestión social una posición de valores en la sociedad española. Es una oposición de valores verdaderos según Manjón, frente a valores falseados: *“No es sólo cuestión de detalles, es mar de fondo: es la lucha entre la verdad y el error, el bien y el mal, el amor y el odio, la edificación y la destrucción, Dios y luz, Jesucristo y su contrario, la iglesia y la impiedad, la justicia y la iniquidad, la libertad y la tiranía, la familia y su disolución, la propiedad y su negación, la sociedad y el socialismo, esto es, entre la vida y la muerte de todo aquello que construye la base del orden social existente”*(1908: 8-9).

Esta oposición de valores que expone Manjón, se observa más claramente en la descripción que nos hace de los males que se han incrustado en la sociedad, según se recoge del siguiente párrafo: *“La sociedad perece por falta de caridad, ¿y nos encerramos en nuestro cómodo y egoísta aislamiento?”*

Al pobre se le engaña con imposibles repartos y promesas de bienestar que nunca llegan, ¿y no hemos de evitar que se le seduzca?

El pueblo tiene hambre de pan, saber, caridad, justicia y nosotros, los predicadores del Evangelio, los evangelizadores de los pobres, ¿careceremos de entrañas, de aquellas entrañas de misericordia que hacían exclamar a Jesucristo: Miseror super turbam misericordia que el impulsaba a darles pan y doctrina?

Tenemos a la vista una sociedad desquiciada dando gritos desesperados y desgarradores, ¿y no nos conmovirá?

Se nos presenta un mundo que agoniza, deshecho por sectarios incapaces de regenerarla, ¿y no le queremos salvar? ”(Manjón, 1908: 57).

¿A quién culpa pues Manjón del estado lamentable de su sociedad, de la falta de caridad, justicia y amor al prójimo? Manjón encuentra un culpable principal pero no único, el Estado corrupto que gobierna el país en beneficio propio, en lugar de en beneficio del pueblo: *“La pobreza de hoy no es obra de la sociedad, sino de la violenta confiscación del Estado al servicio de las sectas, es un hecho de fuerza o violencia que tiene que pasar y en cuanto pase, la sociedad se encargará de enriquecer a quien por ella trabaja. Y este es un motivo más para que el clero de nuestros días se haga misionero social, porque ahí están el pan del suelo y el del cielo”* (1908: 46).

Manjón encuentra otro responsable, nos referimos a la parte del clero que tiene una actitud pasiva, ante la crisis de valores, posiblemente obligado por las circunstancias y el miedo, o bien por tener asumido ese rol tradicional: *“Hay una parte considerable del clero que no ha acabado de formar una idea cabal de su misión social en estos tiempos, de la obligación que tiene de trabajar por el reinado de Dios en la tierra, mediante la realización de la justicia social, lo cual se explica por causas históricas unas, políticas otras y sobre todo pedagógicas”* (1908: 35).

De esta forma considera Manjón que el clero, en cuanto transmisor y predicador del Evangelio, no debe conformarse, con esas dos facetas, en las cuales se encuentra encasillado desde tiempos inmemoriales, sino que debe bajar

al pueblo y ayudarle en su caminar, tanto en la alegría como en la tristeza, en la riqueza y más aún en la pobreza, pues Manjón considera que esa es su verdadera misión, la de comportarse como hombres que deben ayudar a su sociedad a levantarse y prosperar. Así lo afirma Manjón con estas profundas, sencillas palabras de un hombre que predica con el ejemplo del amor a Dios y al prójimo: “*El ser clérigo no nos dispensa de los deberes ni suprime los derechos que tiene el hombre y el ciudadano, sino que los hace más estrictos, más sagrados, más religiosos y apremiantes. Siendo pues la llamada cuestión social, el resumen y consecuencia de enormes injusticias, hijas de errores teológicos, éticos, jurídicos, políticos y económicos. Ninguna persona medianamente ilustrada, ninguna clase social que ame a Dios, el bien, la justicia, el bienestar económico y el buen gobierno social, puede permanecer indiferente, sin hacerse reo de la humanidad y sociedad ante Dios y los hombres. ¿Qué no diríamos del clero, si tales deberes olvidase o quisiera descuidase?*” (1908: 29-30).

La segunda obra data de 1921 y la tituló: *El gitano et Ultra*.

Entre ambas hay un intervalo de doce a trece años, a esto hay que añadir que Manjón, se encuentra ya muy castigado por la vida y la edad pues cuenta con sesenta y cuatro años. Es por tanto esta obra una de las últimas que escribió antes de su muerte acaecida en 1923, tan sólo dos años después de que viera la luz.

Si de la anterior obra, *El problema social y la acción del clero*, señalábamos que se trataba de un trabajo donde ponía el dedo en la llaga sobre la problemática que azotaba a España y la necesidad de acción del clero, en esta

segunda *El gitano et ultra* , debemos considerarla como la obra donde expresa con más crudeza, realidad y objetividad el estado aún más crítico si cabe de degeneración moral y religiosa que sacude los cimientos sociales de la patria.

No podemos afirmar, que esta obra supere a la anterior, pues cada una se encuentra realizada en un contexto histórico no muy diferente pero sí evolucionado, ofreciéndonos en ambas una preocupación profunda, por salvar a España de la decadencia extrema en que la han sumido la ineptitud de los gobernantes, redundando obviamente en el pueblo y su consecuente desmoralización y ateísmo.

A los problemas histórico-sociales que rodean la obra de 1908, vienen a sumarse al *Gitano et ultra* , nuevas problemáticas más agudizadas, que las anteriores, pues aquellas aún seguían latentes en buena parte. Ahora se añadían nuevos y más graves problemas, como la Semana trágica de Barcelona (1909), que llevó aparejada, “*la polémica sobre la legalidad e ilegalidad de las escuelas laicas*” (García Regidor, 1985: 204), la famosa ley del Candado de Canalejas (1910-1912), por la que se prohibía la creación de nuevas órdenes religiosas en España, el caciquismo de las zonas rurales, sumado al alto índice de analfabetismo existente en 1910, que era de un 52´6 %, en los hombres y de un 65´8 %, en las mujeres, siendo en total del 59,4% de los españoles (Martínez Cuadrado, 1979: 124). Siendo en Granada en 1910 la tasa un 66% (Carretero y Rodríguez, 1955: 89).

A esto se añadía la concentración de las tierras en un país básicamente

agrario, en manos principalmente de la nobleza y de la burguesía, con el consiguiente estado de sumisión de los agricultores que veían como su poder adquisitivo se reducía drásticamente, ante la crisis económica, lo cual llevó a numerosas alteraciones y reivindicaciones socio-económicas y laborales.

En el ámbito político el hecho más relevante fue la ruptura tras las crisis de 1913 (muerte de Canalejas), de los partidos alternantes en el poder, con lo cual la relativa estabilidad política se vino abajo.

A esto se uniría en 1917, la crisis tras la Primera Guerra Mundial, a la que sigue el hundimiento de la burguesía industrial, movimientos obreros, malestar en el ejército, que acabó tomando partido por la monarquía, salvando momentáneamente al débil régimen, los gobiernos se sacuden sin aportar soluciones, los campesinos demasiado explotados optan por emigrar, la guerra de Marruecos...etc.

Todos estos elementos coadyuvaron a la Dictadura de Primo de Rivera, a escasos meses de la muerte de Manjón en 1923.

Podemos comprobar pues que las coordenadas en que se movió la obra de Manjón, *El gitano et ultra*, no pueden ser más deprimentes. De ahí que tal como veremos Manjón consciente de esta crisis, se detenga y exponga más crudamente la crisis de valores que esta situación devengó y que es realmente el verdadero trasfondo de la cuestión.

Manjón a sus setenta y cuatro años, en el ocaso de su vida, que no de su lucha y entrega por regenerar los verdaderos valores cristianos, nos expone en

esta obra de forma magistral, una visión del hombre desmoralizado y sin un valor absoluto, Manjón lo sitúa en Dios, que le oriente.

La intención que subyace en este trabajo de Manjón es como nos dice en su comienzo: *“Poner en parangón el estado de la triste, errante, decadente y misteriosa raza gitana, con esa otra raza, que es la nuestra, tan orgullosa de su cultura y civilización, cuando infeliz sin conocerlo, resbala insensible e incesantemente con toda la fuerza de su peso por la pendiente que la lleva hasta el fondo del abismo en su retroceso, como ha dicho Taine, que no es católico ni español”* (Manjón, 1921: 1).

Manjón en *El gitano et ultra*, realiza un excepcional estudio antropológico de la raza gitana. Su convivencia entre ellos, durante más de treinta y cinco años, le hace ser un perfecto conocedor de sus costumbres, hábitos, forma de ser, actitudes... que plasma con todo detalle en este trabajo.

Aunque como él mismo reconoce, el objeto principal de este *“no va ordenado hacia los gitanos, que no han de leerlo, sino a los ultragitanos, que sea por ignorancia, sea por falsa educación, o por verdadero corrupción y perversión, van en muchas cosas más allá que los gitanos en punto a decadencia, degeneración y barbarie y de aquí el nombre que les damos”* (Manjón, 1921: 2).

Además de estos dos tipos de hombres, nos ofrece un modelo de hombre ideal, cargado de valores cristianos, que es hacia el que deben dirigirse los demás para salvarse de la barbarie y decadencia de lo que él denomina como postcivilización. De esta forma, la obra se convierte en un estudio antropológico,

sociológico, pedagógico y sobre todo moralizador, haciendo de ella una crítica constructiva, al grave estado de desvalorización en que ha caído la mayor parte del pueblo español.

Manjón con esta obra nos ofrece una imagen decadente de España, pero más que de España, de los españoles.

A través de sus páginas apreciamos la dejadez, ignorancia o negación de los hombres hacia Dios y la moral cristiana. Al respecto nos señala: *“Y arriba y abajo, en la familias ricas y pobres, en las cultas e incultas de la sociedad, se va haciendo general la ignorancia religiosa fuente de muchos y grandes males”* (1921: 27), entre los que destacan: la indiferencia, el escepticismo, la corrupción, el odio a la religión, la anarquía... lo que le lleva a exclamar: *“¡Pobre humanidad! Estás enferma de la cabeza y el corazón y te dirigen al abismo y la cárcel en vez de volverte a Dios”* (Manjón, 1921: 28).

A esta ignorancia de Dios, se une algo peor y más lamentable, la indiferencia hacia la religión y lo religioso, de los que conociendo la doctrina cristiana, le vuelven sus espaldas: *“Esta es también la calamidad de muchos de los demás hombres de nuestros tiempos, entre los cuales hay muchos que viven como si creyeran en Dios ni en la inmortalidad del alma y esta indiferencia religiosa es más culpable en los que tienen cultura y viven en medio de una sociedad cristiana, porque tienen medios de saber y apreciar lo que la Religión vale cómo la indiferencia religiosa es una inverosímil estupidez”* (Manjón, 1921: 28-29).

Pero si lamentable son la ignorancia y la indiferencia de los hombres hacia Dios, más bochornoso y penoso resulta para Manjón, que le nieguen: *“vergonzoso es decir que hay, entre la gente que se tiene por civilizada, ateos, o hijos de Dios, que niegan a Dios, criaturas racionales que niegan al creador, quedándose tan frescos con razones de este calibre: A Dios, ¿quién le ha visto?. Luego no existe”* (Manjón, 1921: 29).

Es conocido que para Manjón la negación de Dios, implica la negación de la moral, a lo que aduce: *“En general, la corrupción e irreligión se corresponden o a más impiedad más inmoralidad y viceversa y siendo hoy grande la corrupción, también es grande la irreligión”* (Manjón, 1921: 34).

Así pues, la ignorancia, la indiferencia y/o negación de Dios, suponen para Manjón, la renuncia a los verdaderos valores morales, fundamento y esencia del hombre completo y cabal. De ahí que opine de su sociedad: *“Parece que hay falta de sentido moral en todo: en la prensa, la cátedra, el teatro, la industria, el comercio, la política, la administración, el trabajo, el capital, la guerra y la paz, en suma, en todas las relaciones individuales y sociales, de tal modo que verdad y mentira, ciencia y error, arte e impudor, justicia e injusticia, valor y crimen, cultura y barbarie, todo se confunde y se deja pasar, cuando no se predica e intenta justificar y aún practica”* (1921: 64).

Esta falta de sentido moral tiene su reflejo en los hombres que él denomina *“ultragitanos”*, y que confirman no la mayoría, pero sí una buena parte de la sociedad española, de quienes dice Manjón: *“Y aquí está también el*

principal flaco de los ultragitanos que, o no practican la moral en que creen, o tal vez aparentan no creer en Dios ni en la inmortalidad y responsabilidad del alma, para entregarse más libremente al egoísmo y los placeres de la carne, al engaño y al robo franco o disimulado”(1921: 63).

Por lo cual, Manjón no considera aptas las morales creadas por los hombres, menos aún si estos se apartan de Dios y su moral. Dice así refiriéndose a los que él viene denominando como ultragitanos: *“Estos tales han inventado varias morales sin moral, como son: la moral atea, la moral prescindente, la moral independiente, la moral de la utilidad, la moral convencional, la moral cívica o patriótica, la moral del éxito, que en suma, son morales sin Dios ni leyes divinas o morales sin moral, pues carecen de base, norma de razón, sanción y fin adecuados”* (1921: 63).

Para Manjón pues, la moral cristiana es imprescindible para mantener una sociedad que ha perdido los verdaderos valores morales. Por esto Manjón responde: *“Las cuestiones de moral y dogma son siempre de actualidad e importancia suma y hoy más que nunca, porque la enorme explotación de la mentira que bajo el disfraz diplomático de patria, libertad y cultura, dio de sí la más cruel y bárbara matanza de los siglos con atropello de todas las leyes humanas, se ha creado un estado de haraganería y latrocinio, de violencia, egoísmo brutal y proyectado exterminio en los prepotentes de arriba y en los de abajo, como si en vez de hombres fuéramos fieras y en lugar de seres racionales y morales se tratara de sociedades de verdaderos caníbales”* (1921: 64).

El estado pésimo que ha producido esta caída de valores morales le lleva a Manjón a exclamar: *“Nunca la hipocresía tuvo tantos adeptos, ni la libertad mayores enemigos, ni la justicia más poderosos verdugos, ni la humanidad más crueles enemigos, ni la civilización y progreso mayores calumniadores”* (1921: 65).

6.3. SECTORES MÁS AFECTADOS POR LA CRISIS VALORES

Uno de los sectores donde sin lugar a dudas más pudo incidir la crisis de valores morales-religiosos fue el de los jóvenes, especialmente entre los niños de clases menos favorecidas.

Manjón nos manifiesta un elevado estado de miseria entre su tesoro máspreciado, los pequeños, por los que se entregó en cuerpo y alma hasta el final de sus días y de cuyo lamentable estado nos dice: *“Una parte considerable de la clase infantil vejeta en la pobreza o en la miseria y en la suciedad, en la ignorancia y en la suciedad más crasa y en el abandono más completo en cuanto a moral y religión”* (1921: 23).

De aquí, entre otras razones, que Manjón desde la fundación, dedicará sus escuelas a los más pobres de cuerpo y alma. Así lo dejó estipulado: *“El fin esencial de nuestras escuelas es educar a los pobres. Deben ser completamente desinteresadas”* (Manjón, 1900: 178).

Al respecto añade Turín: *“Entre los pobres las escuelas del Ave-María se*

dedicaban a los más pobres” (1967: 275).

Dado el estado de la Restauración optó en cierta complicidad con la ILE (Institución Libre de Enseñanza), por educar preferentemente a las clases más pudientes. Así lo recoge Martínez Cuadrado: *“Las posibles bases de una educación popular impulsada desde el poder como fuente del bienestar colectivo fueron abandonados a favor de la selección clasista concentrada en una educación media y alta selectiva o una limitada instrucción primaria, que poco a poco llegaría a casi la mitad de la población en edad escolar”* (1931: 123-124).

Manjón, como escribe Montero Vives, no entiende las razones (aún sabiéndolas), porque el que, *“el Estado no se ocupa nada más que de los pudientes”* (1988: 25), marginando en el analfabetismo a los hijos de las clases sociales más necesitadas de amparo. Por este motivo, denuncia la ignorancia y dejadez a que está siendo sometida la mayor parte de la juventud: *“Se la descuida y abandona cuando está más necesitada de protección y consejo, se le otorga plena libertad cuando aún no tiene ni razón firme ni hábitos y disciplina para saber usarla y se la arroja al mundo lleno de seducciones y engaños cuando ella está llena de ilusiones y en el brotar y herbor de las pasiones que traen más daños y sinsabores”* (1921: 46).

Esta desintegración moral de la sociedad la refleja también Manjón en la informalidad de los españoles, aspecto que ha llegado a nuestros días. Dice de ella Manjón: *“No quiero culpar a nadie, y menos a clases enteras, pero se oye a todas horas decir que ya no sabe uno de quien fiarse, que antes el español*

adquirió fama de caballero por su formalidad y buen trato, pues una palabra suya tenía la misma eficacia que una escritura, porque nadie faltaba a ella, más hoy , ¿dónde están esos caballeros?” (1921: 51). Y añade: “Mas sin formalidad no hay sociedad posible, sin la hombría de bien no hay hombres, sino a lo más gitanos y ultragitanos” (1921: 51).

La falta de seriedad de buena parte de las gentes del país, es otro de los aspectos que conlleva la ausencia de verdaderos valores morales, de lo cual se lamenta Manjón: *“De lamentar es que ya no sea frecuente hallar hombres serios, ni políticos y gobernantes serios, ni tratantes y comerciantes, amigos y conciudadanos de palabra formal y seria, pues todo o casi todo se echa a broma y todos se ríen de todo constituyendo una honrosa distinción el ser de oficio graciar aunque degenera en payaso y malicioso” (1921: 55).*

Esta pérdida de los valores morales cristianos, lleva consigo además de los expuesto como referencia, una notable inmoralidad en gran parte de las gentes. Esta inmoralidad se hace palpable, según Manjón en la lujuria, la mentira, el engaño, la maldad, la crueldad, la blasfemia, la ausencia de esperanza, fe, caridad, humildad, amor y un largo etcétera que nos recoge en está obra que estamos analizando.

Pero, ¿cuáles son las causas que han sumido a España en esta degeneración moral y religiosa? Pasemos a estudiar aquellas que Manjón nos describe en esta obra.

La principal causa que según Manjón ha provocado el retroceso y la

decadencia moral en gran parte de los españoles, que no en todos, la negación del valor absoluto, Dios. Así los refleja Manjón: *“A nuestro juicio, es la apostasía de los hombres respecto de Dios a quien teórica o prácticamente niegan, erigiendo en su lugar la Antropolatría o el ídolo Humanidad”* (1921: 154).

De esta causa primera emanan otros males secundarios, que inciden con fuerza sobre los españoles, atrayéndoles hacia la inmoralidad. Señalamos algunas que alude Manjón: *“¡Oh raza de héroes! ¿quién te ha puesto a la altura social de la raza gitana? No mi sangre, sana y vigorosa y fecunda, sino el individualismo exagerado y la indisciplina, en la cual me educaron, no la falta de brazos y buena voluntad para el trabajo, sino la falta de dirección y buena educación política y social, no el desamor a la patria sino el abandono, inconsciencia y malas artes y miserias de los que gobernaron...”* (1921: 49).

Manjón encuentra otro mal generalizado en la pereza, casi innata de los españoles, que les ha sumido primero en una miseria económica y esta ha llevado consigo la miseria moral: *“Hoy... invade todas las esferas de la actividad reproductora una ola inmensa de pereza y holgazanería, de la cual provienen en gran parte la escasez y carestía de las subsistencias y la pobreza y miseria general”* (1921: 84).

Lo aquí expuesto por Manjón, es una parte mínima de las causas múltiples que coadyudaron a una buena parte de españoles a caer en la inmoralidad y en el agnosticismo.

6.4. SOLUCIONES QUE APORTA

Manjón, buen conocedor de la situación de pauperismo extremo que vive España y con una escala de valores definida, no puede por menos que ver la solución a tanto desmán, en Dios, valor absoluto y trascendente en su jerarquía de valores.

De esta forma Manjón, alude como máximo culpable de lo que él denomina cuestión social o problema social al alejamiento en que tanto los poderes como la sociedad, han sumido la figura de Dios: *“La cuestión social no ha sido cuestión mientras los hombres no se han olvidado de Dios y sus leyes, del hombre y sus destinos, de lo moral y su observancia, de la justicia y sus aplicaciones, de la humanidad en la producción y distribución de la riqueza, la caridad y de las Instituciones y derechos sociales amparados y garantizados por los poderes y no invadidos y acotados, por las sectas y bandos que se llaman políticos y reformadores, en vez de perturbadores sociales”* (Manjón, 1908: 8).

Pero dado que la cuestión social es patente, Manjón está dispuesto por todos los medios a su alcance a intentar darle una solución lo más apta posible: *“El problema social existe y hay que resolverle, es de actualidad y urgencia y no puede aplazarse, interesa a todos y no puede menos de interesar al clero, ya por lo que éste tiene de humano, cristiano, social y patriota, ya porque el problema social, tal como se presenta, es una cuestión eminentemente teológica y*

conónigo-jurídica, además de sociológica” (1908: 58-59).

En efecto, la solución a la crisis de valores no puede venir de nadie más que del clero, dado que la sociedad y el poder están corrompidos o en proceso de corrupción. Pero para hacer efectivo el poder transformador del clero, Manjón ve necesario cambiar su tradicional rol de pasividad, por un rol de apostolado social activo y humilde, de ahí que manifieste: *“Cesen los lamentos y vengan las obras, cese el sistema de aislamiento y venga el contacto con el pueblo, dejemos el sistema celular, que nos aconsejan todos los enemigos de la Iglesia y adoptemos el de la acción social colectiva y orgánica que nos mandan los Pastores de la Iglesia y de esta manera el mundo, que está en crisis, deberá una vez más su salvación al clero y a la Iglesia” (1908: 39).*

Pero, ¿por qué Manjón considera fervientemente que el clero debe ser el solucionador y salvador de la degenerada sociedad española? Veamos su respuesta: *“El clero tiene condiciones especiales, para el apostolado social, condiciones que no se dan, como regla general, en otras clases sociales” (1908: 59).*

¿Cuáles son los valores o condiciones especiales que descubre Manjón en el clero para considerarlo como salvador y máximo regenerador de la sociedad? Las razones que Manjón expone del clero para tan dura y alta misión, es porque considera que éste posee entre otros valores: *“El conocimiento, persuasión y fe en el dogma social, la aptitud posición y educación para inculcarle entre toda la clase de personas y para defenderlo contra toda clase de enemigos, la misión*

evangélica, su celo, su caridad, su cultura, su desinterés, su misma pobreza, su moral, su organización y vigilancia, su independencia y el conocimiento íntimo de las miserias y apuros del pobre, hacen del clero el instrumento más apropiado para tratar la enfermedad del socialismo y curar la llaga social del pauperismo, que es enfermedad del cuerpo y del alma” (1908: 59-60).

Como hemos apreciado, la solución que da en 1908 Manjón, a la crisis de valores, es la acción unida del clero, pues considera que la crisis es básicamente religiosa y dado que el estado paupérrimo del pueblo, no entiende de discursos desde la tribuna, ni de exhortaciones orales, ni de palabras llenas de hipocresía, prometiéndoles la utopía.

Lo que necesita y de ello es plenamente consciente Manjón, son obras y no palabras sin fondo, acciones que identifiquen nuevamente a esa masa incrédula con la bondad y humanidad de Dios, tan olvidado por el pueblo en esos tiempos. Mal principal que lleva al pueblo a la desmoralización y el desorden, pues no habiendo un principio moral que regule la sociedad, esta caerá en la ignorancia y el desprecio al prójimo.

Es por todo ello que Manjón, exhorta a un clero anclado en el pasado, inmóvil y temeroso, agazapado en su miedo y en el miedo a los hombres que pregonan la caída de la religión y de Cristo como valor absoluto. Los exhorta a actuar como Jesucristo, yendo a todos los rincones no sólo a predicar sino a brindar su mano por los más necesitados, los más pobres y desprotegidos de cuerpo y alma. Les pide que no olviden que su principal misión es el apostolado

social del pueblo y en esos tiempos con más apremio y necesidad. Porque si no hace esto el clero, ¿quién levantará a un pueblo deshumanizado que pierde por momentos los valores que dan sentido a su existir?

La solución y postura adoptada por Manjón es de la máxima ejemplaridad, únicamente pide amor, mucho amor hacia Dios y sus hermanos, valor casi extinguido en esos tiempos, fuente de salvación ignorada.

Manjón pide igualmente sacrificio y entrega al clero para restaurar los valores perdidos en una sociedad caótica y desamparada. Su postura y solución es la del ejemplo más humilde y sencillo convirtiéndose así en apóstol de los pobres a través de sus escuelas.

Y así lo recogen numerosos autores que han tratado la problemática de la época en sus estudios. Entre ellos resaltamos la opinión de Puelles Benitez: *“El Padre Manjón representa una noble excepción dentro de lo que alguien ha denominado el catolicismo docente. Esta excepción, preciso es resaltarlo, supone una inauguración de una nueva enseñanza impartida, destinada y dirigida a las clases humildes de la sociedad”* (1980: 301).

En similares términos opina Turín, refiriéndose a la obra de Manjón: *“La decisión del Padre Manjón fue, ante todo, guiada por su afán apostólico. Por esa razón precisamente, su obra se distingue de todas las demás”* (1967: 273).

Manjón como hemos visto no es sólo hombre de palabras sino que a estas las acompaña con el ejemplo y la práctica apostólica que él predica. En este libro Manjón no pretende tan sólo que sigan su ejemplo sino que como él dice con

cuyas palabras referidas al clero, como regenerador de valores perdidos o en crisis: *“Lo que se necesita es obrar, hacer tal o cual obra en particular. Esto es lo principal: hacer obras, dejar de llorar y murmurar y comenzar a trabajar sin cesar de orar. La oración más eficaz es la que se hace con el corazón y las manos, a Dios rogando y con el mazo dando”* (Manjón, 1908: 44).

Manjón, hombre de profunda y arraigada fe cristiana, nos expone en la segunda obra objeto de análisis (*El gitano et ultra*, 1921), los valores que dan sentido al existir humano y a la civilización cristiana. Comenta al respecto: *“El árbol de la civilización cristiana se halla tan arraigado y penetra de tal modo en el corazón de todo lo que es verdad, justicia, caridad, fraternidad, igualdad y humanidad que arrancarle equivaldría a terminar con la civilización y volver a la barbarie, pero a la barbarie de la postcivilización, que es cien mil veces peor que la de la selva”* (1921: 150).

La solución que él vislumbra, radica en el mismo hombre. En un hombre ideal que ayude a regenerar los valores perdidos cristianos de su sociedad, Manjón lo denomina en su obra antigitano, formado a imagen y semejanza de Dios, siendo este nuevo hombre, máximo reflejo suyo, cargado de auténticos valores religiosos y morales, que del valor supremos derivan: *“Si pues, el hombre ideal no es el gitano ni el ultragitano, habrá que buscarlo en el opuesto, a quien hemos llamado ahora antigitano y a quien diremos aquí hombre de verdad, recto y bueno, como imagen de Dios, que ama y profesa la verdad y virtud, domina las pasiones, se opone al error y el mal individual y social en la medida de sus*

fuerzas, obediente a las leyes de Dios y los hombres y a su naturaleza y destino, que en su último fin y causa es sobrenatural y divino” (1921: 152).

Expresado el fin trascendente de este hombre ideal que regenere los valores perdidos, este autor, lo carga de valores morales, intelectuales y físicos, en oposición a los antivalores que han desplazado al verdadero hombre. Veamos las bases que lo sustentan:

“Este hombre es: social sin ser asocial ni socialista, honrado y no ser amancebado, educado en el respeto y el decoro de sí y de sus semejantes, espiritual y creyente y no ateo ni materialista, fatalista ni ocultista sino noble, claro y seguro, respecto a la orientación de la vida, obediente adaptado y disciplinado al modo de ser de raza, religión y patria, a la cual ama y sirve en lo que puede” (1921: 152).

Este profesor de Universidad continúa a este hombre de valores que se opongan a los antivalores sociales que han sumido en la miseria física y moral: *“El tal hombre, por ser hombre, entiende, siente y ama la igualdad, fraternidad y solidaridad de todos los hombres en lo esencial , como buen cristiano que es, sólo cree en un Dios verdadero y una única verdad, que es la que acata y obedece a la Divinidad, compadeciendo a los que de Dios se apartan porque se pierden” (1921: 153).*

En suma, para el fundador de las Escuelas del Ave-María, la regeneración de la sociedad pasa por regenerar primeramente al hombre, cargándolo de todos los valores morales y religiosos que ha ido perdiendo pero básicamente en el

respeto y amor a Dios como valor indispensable para sacar a los hombres y a la sociedad de su mísero existir.

Así lo establece Manjón: *“Este hombre, porque conoce al hombre, no sueña en jaujas, aunque sí dice que si todos obedeciéramos a Dios, la vida se tornaría un paraíso, precursor de otros mejor, que es el que nos espera siendo hombres de dios y no insensatos y locos”* (1921: 153).

Así pues, concluimos con palabras de este sacerdote que dice: *“El mayor enemigo del hombre, y por tanto de la Humanidad, es el que le aparte de la Divinidad y la adulación y mentira más grande y funesta es la que destrona a la Divinidad para colocar en su lugar a la Humanidad”* (1921: 154-155).

Por consiguiente: *“Sin dios no hay hombres ni Humanidad, sino error, pecado y abominación, que acaban con la Sociedad”* (1921: 155), independientemente del momento o circunstancia histórica en que se viva.

6.5. INFLUENCIA DE LAS CIRCUNSTACIAS HISTORICAS EN LOS VALORES DE LA PEDAGOGIA MANJONIANA

El estudio y comprensión de la obra y pensamiento de cualquier hombre (Manjón 1846-1923), no puede ni debe separarse de la circunstancia histórico-social que la ha rodeado, dándole forma y fondo. Menos aún si esa obra o pensamiento tiene una trascendencia y repercusión para la sociedad o comunidad presente y futura.

En el caso de la obra manjoniana, debemos tener siempre presente al enjuiciarlo objetivamente el contexto histórico de la España que la rodeó.

La imagen que nos llega de esa España, no puede ser más dantesca y deprimente. Es la imagen de un país que tiene una grave confrontación de valores, entre dos formas distintas y a veces dispares de entender la vida política, social, cultural, religiosa... Es a la vez un enfrentamiento de valores tradicionales frente a valores progresistas con todas las connotaciones que rodean a ambas posiciones, y que se traduce en dos escalas de valores consecuentemente diferenciadas, que una trata de incrustarse en la sociedad y otra de mantenerla con su tradición.

Esta crisis de valores tiene su mejor campo de abono en el sistema educativo, que no será sino el reflejo de las posturas políticas, y la concepción de hombre, vida..., que sostengan consecuentemente con su escala de valores. Así lo recoge Gervilla Castillo: *“La influencia del poder político es decisiva en la orientación axiológica y teleología educativa, por cuanto, por la fuerza de la ley impone unos determinados valores de obligado cumplimiento en las instituciones escolares”* (1988: 143).

El catedrático de Derecho, no cabe duda, era un gran conocedor de los males patrios, y de la influencia que las políticas y políticos ejercían sobre la educación con el objeto de atraer a la juventud a sus postulados ideológicos a través de la imposición vía decreto de sus escalas de valores en el sistema educativo, sin llegar a preocuparse de dotar al país de una infraestructura mínima,

que paliará en cierta medida los altos índices de analfabetismo que hacían estragos en la sociedad española, coadyuvando al atraso y pauperismo de los estratos más bajos de la escala social del país.

Estamos pues con Sáenz Barrio cuando afirma: “*Andrés Manjón no fue un testigo distanciado y crítico de la España de su tiempo, sino un actor agresivo en la construcción de una patria mejor.*” (1989: Ideal, 18-2-1989).

La obra avemariana, no fue una institución política con una escala de valores amparada en la tradición o el progresismo, no, Andrés Manjón supo ir más allá de valores amparados en las políticas de la época. Por encima de todo como recoge Turín, “*la decisión del padre Manjón fue ante todo guiada por un afán apostólico. Por esa razón, precisamente, su obra se distingue de todas las demás.*” (1967: 273).

En efecto la obra manjoniana, la podemos calificar de obra apostólico-caritativa, consecuencia en parte de la crisis de valores de la sociedad española de la Restauración (1875-1885), y en parte por el profundo sentido social y del valor del ser humano, que tiene para Andrés Manjón el fin trascendente del hombre.

En cierta medida Manjón, lo que pretende con su obra, es como nos dice en su excepcional “*Tratado de la Educación*”: “*Aspirar al remedio de los vicios orgánicos de la sociedad curando el tumor de la plutocracia arriba y la postema del pauperismo abajo, tomar a pecho de la salvación de la sociedad en nombre de la justicia, de la caridad y la humanidad, defendiendo con ellas la causa de los pobres, de los oprimidos y los humildes*”. (1947: 286).

Esta aspiración que subyace en todo lo manjoniano es fiel reflejo tanto de la crisis de valores como de la visión tremendamente lamentable del sector social con el que convive este burgales, que no es más que la aplicación real de la valorización y corrupción moral de su sociedad.

Así nos refleja Manjón la realidad cotidiana de su entorno: *“El pueblo que por aquí habita yace en la suma ignorancia, vive en la degradación y no puede levantarse si no es a merced de una labor constante bien pensada y dirigida que, alumbrando la inteligencia eduque la voluntad y mejore los sentimientos, hasta formar hábitos y costumbres humanas y cristianas”* (1947: 286).

Para el párroco de la Abadía del Sacromonte, hombre de ideas rectas amparadas en la razón teológica y en una escala de valores bien definida, considera obviamente que esa degradación moral a que antes aludía no es sino a causa de *“la pérdida paulatina de los valores religiosos”*, (Prellezo, 1975: 270), lo cual conlleva la desvalorización espiritual y moral de la sociedad, pues perdido el fin último de la esencia máxima del existir humano, tan sólo privará lo material y mundano, postergando lo espiritual y trascendente a un plano secundario.

La circunstancia histórico-social de la España de la Restauración (1875-1885) obligó a Andrés Manjón a darle a su obra un profundo sentido social, guiado por una escala de valores convergentes en un fin supremo, Dios, por cuyo camino debe dirigirse al hombre y a la sociedad.

Y nada mejor para regenerar a un pueblo de su miseria material y espiritual que transmitir por la educación una escala de valores asentada en lo religioso, pues como afirma Capitán , Manjón estaba plenamente *“convencido de que la reforma social, que el pueblo necesitaba, tenía que venir por la instrucción, y que la solución al lamentable estado de miseria, no sólo económica, de quienes vivían extramuros de la ciudad, debería ser sobre todo de carácter educativo, surge en Manjón la idea de las Escuelas del Ave María como el mejor apostolado cristiano contra el analfabetismo, la marginación y la injusticia social”* (1988: 308), ya que para Manjón, *“proteger a los desvalidos es además de caridad, justicia social”*. (1988: 289).

Lo cual viene a corroborar lo que afirma Montero Vives de Manjón: *“No se piense que la visión trascendente de la vida, tan importante para él, le hace perder la visión realista de la vida”*.(1988: 28).

De lo cual se deduce que la circunstancia histórica de la España de Manjón debió incidir en cierta medida en su jerarquía de valores, transmitida ésta por medio de la obra pedagógico-social de sus escuelas. Ahora bien, no debe pensarse que dicha jerarquía es exclusivamente debida a la situación social. Ésta es un elemento más que coadyuva a asentar una escala de valores muy definidos en el pensamiento de Andrés Manjón, y que las circunstancias de su entorno le lleva a ponerla en práctica, demostrando con ello el profundo humanismo cristiano que emana de su personalidad.

6.6. FUNDAMENTO DE LOS VALORES MANJONIANOS

Encontrar los fundamentos sobre los que se asientan los valores de la Pedagogía Manjoniana, no es aparentemente una tarea difícil. Baste para ello repasar la multitud de sus obras para comprobar la fuente de donde bebe e inspira Manjón. Rápidamente nos damos cuenta de la similitud entre la filosofía escolástica y más concretamente entre su máximo exponente Santo Tomás de Aquino y la filosofía y teología que subyace en la Pedagogía Manjoniana.

Destacados pedagogos conocedores y seguidores de la obra manjoniana, lo han reflejado en sus obras. Entre los más relevantes pos sus años de estudio del pensamiento y Pedagogía Manjoniana destacamos, Montero Vives, quien afirma en su obra *Didáctica Manjoniana*, que Manjón era “*un buen seguidor de la filosofía escolástica*” (1959: 59), y especialmente que, “*su libro El Maestro mirando hacia dentro, obra cimentada en la teología de Santo Tomás*” (1959: 2).

Así mismo en su trabajo *La educación en las escuelas del Ave-María*, vuelve a hacer referencia a la base tomista de Manjón en relación al concepto de hombre: “*El canónigo sacromontano, educado en la filosofía tomista más ortodoxa, parte del concepto aristotélico de que el hombre es un animal racional, el hombre está compuesto de cuerpo y alma*” (1988: 13).

Buil señala la influencia tomista de Manjón: “*Manjón tomista cien por cien*” (1963: 6).

Pero será el propio Manjón, quien nos exprese el fervor y la admiración que siente por Santo Tomás de Aquino, y la filosofía escolástica. En su libro *El Maestro ideal* (1916), nos dice: “*Santo Tomás de Aquino, llamado con razón el sol de la iglesia y ornamento del orbe entero por su ciencia y santidad, el príncipe de la Teología, Filosofía, Moral, Derecho, Política y hasta de la Mística, como lo revela el Oficio del Corpus, por él compuesto y de la Pedagogía, por el método que emplea en la Suma Teológica y en todas sus obras, obras maestras de un gran maestro*” (1916: 45).

Comprobada pues la interrelación entre Manjón y Santo Tomás de Aquino, procedamos a continuación a delimitar los parámetros en los que se mueve la pedagogía del tomismo, en sus puntos más coincidentes con el pensamiento y obra manjoniana.

Partiremos de la jerarquía axiológica de Santo Tomás de Aquino, que según recoge Gervilla, se sitúa en una axiología objetiva: “*La axiología objetiva y absoluta, ha sido sostenida y defendida por movimientos teóricos educativos de signo aristotélico, en aquellos de raíces en la filosofía helénica y en Santo Tomás*” (1988: 94).

Es decir, para Santo Tomás de Aquino, “*el fin de la educación es objetivable, externo al sujeto, trascendente y real, de acuerdo con el trascendentalismo ontológico*” (1988:112).

Por tanto como recoge Capitán: “*la causa final de la educación, según la noción tomista es el estado perfecto del hombre en cuanto hombre*” (1988: 236), dicha perfección se encuentra encaminada a alcanzar la semejanza con Dios:

“todos los seres mediante sus acciones y movimientos tienden como al fin último a su semejanza con Dios”(1988: 237).

El valor supremo tanto para Santo Tomás de Aquino como para Manjón, no puede ser nadie más que Dios.

Para Santo Tomás: *“ todo ha sido puesto por el Creador y todo sucede así por el acto creador de Dios, en Él está el principio de todo ser y devenir”* (Agazzi, 1969: 245), entiende que *“Dios es infinitamente perfecto y por ser causa del ser todo, en Él se encuentran, en grado sumo e indivisamente, todas las perfecciones de las cosas que Él ha hecho”*(Cardona et al, 1981: 245).

Visto el fin supremo en la jerarquía axiológica de Santo Tomás y la finalidad de la educación, ésta consistirá en la *“ acción de conducir y promover a la prole al estado de perfección del hombre, en cuanto hombre, que es el estado de la virtud”* (Capitán, 1988: 231).

De este modo, la educación tomista supone: *“Un proceso dinámico, que tiende al estado de perfección del hombre mediante la posesión de las virtudes (hábitos buenos)”* (Capitán, 1988: 232).

La virtud según la concepción tomista, *“es el hábito moral operativo bueno, como el vicio es el hábito malo”* (1988: 230).

En la Suma Teológica, Santo Tomás nos dice sobre la virtud: *“La virtud es una buena cualidad o hábito de la mente, por el cual se vive con rectitud del que ninguno usa mal y que Dios obra en nosotros sin nosotros”* (1988: 230).

Lo que le lleva a distinguir entre las virtudes morales de las intelectuales.

Las virtudes morales son para Santo Tomás, *“el camino de regreso a Dios”* (Agazzi, 1969: 267), y dentro de las virtudes morales, *“hay cuatro fundamentales, que por eso se llaman cardinales, la prudencia que regula la razón, la justicia que regula la voluntad, la templanza que regula el apetito concupiscible y la fortaleza que regula el irascible”* (Agazzi, 1969: 267).

Estas virtudes cardinales, *“se orientan a la felicidad racional”* (1969: 267), si bien estas virtudes cardinales son fundamentales, considera que las teologales, (fe, esperanza y caridad), son más trascendentales aún, *“porque tienen por objeto a Dios. Estas se orientan a la felicidad sobrenatural y son infusas, ya que solo como don de Dios las poseemos”* (1969: 267).

En suma, la moral tomista, *“se halla presidida por la idea del fin último, al que todos los hombres aspiran, la contemplación de la verdad y la práctica de la virtud en esta vida y el goce en la otra por la visión inmediata de Dios”* (Capitán, 1988: 230), que como anteriormente referimos es el núcleo sobre el que gira toda la jerarquía axiológica tomista.

El concepto de hombre para Santo Tomás, tiene bastante similitud con el expuesto por Manjón, pues para santo Tomás, *“el hombre es una sustancia completa e individual, compuesta de alma racional y de cuerpo material”* (1988: 229), donde *“el alma ha sido creada por Dios y por tanto sacada de la nada de sí y del sujeto..., el cuerpo es sólo condicionante o causa instrumental del actuar del alma”* (1988: 229), es por eso que *“cada persona se ha de orientar de modo total a Dios, ha salido de su Principio y retorna a Él como fin”* (Cardona et al,

1981: 560), fuera de Él, el hombre no tiene sentido ni razón de ser. En igual medida recordemos, concibe Manjón al hombre en relación con Dios.

En Santo Tomás, el hombre es “*la causa material de la educación o sustancia que la sustenta*” (Capitán, 1988: 237).

Para alcanzar pues la plenitud del hombre, es decir su perfección y semejanza con Dios, tienen especial relevancia para Santo Tomás los educadores, agentes externos que coadyuvan a tal perfección.

De entre los agentes que influyen en la educación, llámense familia, Estado o Iglesia, Santo Tomás considera que, “*el agente exterior, que de forma personal y más directa interviene en el diálogo educativo, es el maestro*” (Capitán, 1988: 234), fundamentalmente, por “*la influencia que pueda ejercer sobre su alumno*” (Varios, 1983: 1375).

Pero principalmente porque considera que la actividad del maestro o educador, “*es trascendente, es decir, apunta intencionalmente a la actividad de otro ser, e incide en la actuación perfecta de éste*” (Capitán, 1988: 235).

Recordemos la importancia que da Manjón a la formación y personalidad del maestro, baste citar obras como: “*El maestro ideal, El maestro mirando hacia dentro, o El maestro mirando de dentro a fuera*” , por citar algunos títulos representativos. Lo cual nos acerca aún más a comprobar los principios tomistas que se asientan en la obra manjoniana.

Entre otros aspectos importantes que desarrolla Santo Tomás en sus obras sobresale, la importancia que concede a la Iglesia como educadora: “*La iglesia,*

depositaria de la herencia de Cristo, es educadora, en el orden sobrenatural mediante la administración de los sacramentos, por donde fluye la gracia, que perfecciona la naturaleza, en el orden natural mediante el magisterio de la verdad revelada, en ambos órdenes la Iglesia no hace otra cosa que atender el deseo natural del hombre de buscar a Dios y recrearse en Él” (1988: 234).

Así mismo el rasgo más propio que caracteriza e identifica a la pedagogía manjoniana, es decir, su método de educación activa, es tratada por Santo Tomás, si bien someramente, referido específicamente al principio de actividad como, “*principio interior del educando, con cuya actividad se realiza el proceso educativo*” (1988: 243), tratándose este principio activo de otro elemento integrante de la esencia del proceso educativo.

Para Santo Tomás de Aquino, “*el individuo, por el principio activo, transfiere la certeza de los principios a la de las conclusiones*” (1988: 243), convirtiéndose cada sujeto en agente de su educación.

Pero en realidad, podemos afirmar que el verdadero precursor de la escuela activa, es Manjón, si bien no se puede descartar la influencia del tomismo, en el desarrollo de la pedagogía activa en la obra manjoniana (Montero, 1958).

Lo que no ofrece lugar a dudas es la trascendencia e influencia que la Teología, la Filosofía y la Pedagogía Tomista, ejercieron sobre la obra y el pensamiento de Manjón. Baste para ello comparar los principios en que se asienta el pensamiento manjoniano, con lo aquí expuesto sobre la obra de Santo Tomás

de Aquino, si pretendemos acercarnos a las bases o fundamento primero del conjunto de la obra manjoniana.

En cierta medida pues, coincidiríamos con las palabras de Luzuriaga, cuando afirma refiriéndose a Santo Tomás que, “*su pensamiento ha influido decisivamente en toda la pedagogía católica desde la Edad Media, hasta nuestros días*” (1967: 98).

Entre los máximos representantes se encuentra el pensamiento pedagógico de nuestro insigne catedrático y pedagogo Andrés Manjón.

6.7. LA JERARQUIA DE VALORES EN LA PEDAGOGIA MANJONIANA

Toda jerarquía presupone un orden de prioridades. En educación la jerarquía de valores está a menudo supeditada a criterios objetivos o subjetivos, influenciados estos por, ideologías, creencias, pensamientos o corrientes filosóficas.

En la pedagogía manjoniana, nos encontramos con que su jerarquía axiológica se enmarca en una perspectiva objetivista, es decir, los valores existen “*a priori*”, y el hombre los descubre principalmente por medio de la educación.

En esta axiología objetiva de la pedagogía manjoniana, influyen especialmente dos factores:

1. La visión trascendente que tiene Manjón de la vida, derivada en buena parte de su formación teológica basada en el tomismo.

2. Por el estado de miseria y marginación cultural, social y económica, lo cual conlleva la desvalorización moral y religiosa de las gentes del Sacromonte.

La pirámide consecuentemente que se deriva de la jerarquía axiológica manjoniana y que se transmite a través de su sistema pedagógico, tiene su cúspide presidida por los valores intelectuales. En segundo lugar, Manjón sitúa los valores morales en íntima relación con los religiosos, llegando incluso a identificarlos mutuamente en su libro, “El maestro mirando hacia fuera o de dentro a fuera”: “*Son los valores morales como dicen, los que aún no se atreven a llamarlos religiosos*” (Manjón, 1932: 108). Por ello afirma el Excmo. Arzobispo D. Agustín Parrado, en el prólogo al *Maestro mirando hacia dentro*: “*Es capital la importancia que se da en el organismo pedagógico manjoniano a la educación moral y religiosa*” (Manjón, 1945: Pág. XX, Edición Nacional).

En un peldaño inferior y dependientes de la Moral, sitúa Manjón los valores sociales con una frecuencia de 203.

La jerarquía aquí expuesta, la establece Manjón, en su *Tratado de la Educación*, en esa obra encontramos la base para una sociedad mejor, orientada hacia el valor absoluto, Dios: “*En la gran reconstrucción social del porvenir vemos como una pirámide cuya base son las ciencias positivas, el medio las psicológicas y morales y la cúspide Dios o la Ciencia Teológica, trabas estas verdades para unir ideas e intereses, individuos y clases, la sociedad proletaria y el Estado, es labrar el edificio del porvenir*” (Manjón, 1947: 282. E.N.).

De esta jerarquía axiológica fundamentada en Dios, como patrón o

modelo ideal, se derivan los fines de la pedagogía manjoniana, pues como indica Gervilla Castillo en su libro, *Axiología Educativa*: “El predominio de uno o varios valores en la escala axiológica determina el modelo de hombre perfecto al que la educación ha de dar respuesta” (1988: 111), es decir que, “la jerarquía axiológica elegida, una u otra, se convierte en el fin de la educación. Es imposible educar sin una referencia a un código de valores y de normas” (1988: 111), lo cual implica que, “la valiosidad de los fines justifica y da razón de la intencionalidad educadora, plasmada en un conjunto de valores interrelacionados que configura el modelo o patrón” (1988: 113).

Así la finalidad esencial hacia la que está orientada la jerarquía axiológica en la pedagogía manjoniana, nos viene dada principalmente en la definición que nos ofrece Manjón sobre educar: “Educar (*de educare*), es cultivar y desarrollar cuantos gérmenes de perfección física y espiritual ha puesto Dios en el hombre, es intentar hacer hombres perfectos con la perfección que cuadra su doble naturaleza, espiritual y corporal, en relación con su doble destino, temporal y eterno, y en este sentido, es prestar en uno los dos más grandes servicios que pueden darse en la vida: el uno es a Dios, a quien servimos perfeccionando su obra predilecta y el otro es al hombre, a quien servimos acercándolo a Dios su ideal por medio de la perfección” (1897: 6).

Según esta definición, Montero nos condensa los objetivos esenciales de la educación avemariana: “El perfeccionamiento personal, la dimensión social y la dimensión trascendente están siempre presentes entre los objetivos que

pretende lograr con la educación que se imparte en las Escuelas del Ave-María (1988: 12).

Así pues, en la jerarquía de valores que establece Manjón, por medio de su pedagogía se distinguen dos fines: un fin primario y un fin último.

Para Manjón el fin primario de toda educación es: *“La perfección moral y religiosa de los educandos, se trata de formar el carácter moral y religioso de los hombres y los pueblos, por medio de las ideas fundamentales de la vida humana individual y social, bien inculcadas y asimiladas, sentidas y practicadas”* (1913: 23).

En cuanto al fin último al que se encamina la pedagogía manjoniana, este es como venimos refiriendo, Dios: *“Sabemos, pues, que el ideal de la educación es la perfección, y que ninguno es perfecto si de Dios se aparta. Este es el fin... Dios es nuestro Fin, Jesucristo nuestro modelo venido del cielo y a la escuela que sabe orientar todas sus enseñanzas hacia ese ideal, esa es verdaderamente cristiana. ¡Y qué pocas hay!”* (Manjón, 1947: 56. E.N.).

En su obra, el *Maestro mirando hacia fuera*, es más explícito: *“Existe el fin remoto y último, que es ir al bien, al Sumo Bien. In omnibus respice ad finem”* (1923: 190).

En suma, la jerarquía de valores de la pedagogía manjoniana, está cimentada, en un valor supremo, Dios-Amor, hacia el que deben converger los demás valores y a ello contribuye especialmente la educación que no es sino, *“perfeccionar la obra predilecta de Dios, que es el hombre hasta hacerla*

semejante a Él, es dirigir, desarrollar y desenvolver los gérmenes de todo lo bueno que Dios ha plantado en el hombre para procurar su dicha temporal y eterna” (Manjón, 1916: 21).

Junto con los valores mencionados en este epígrafe, el modelo axiológico de educación integral que promueve Andrés Manjón, está orientado hacia la consecución de otros valores que van a definir su jerarquía; estos valores son ordenados de mayor a menor, en relación con el análisis axiológico realizado al Discurso de 1987. En el cuadro que recogemos a continuación se ve reflejada esta ordenación, que aunque pueda parecer una contradicción, con la aparición de los valores intelectuales al comienzo de la misma, hemos de tener en cuenta que en el Discurso el tema central es la educación, por ello se recogen los valores intelectuales en primer lugar, le sigue en orden de importancia los valores morales y religiosos, ya que Manjón no hace una diferenciación clara entre ambos:

JERARQUÍA DE AXIOLÓGICA DE MANJÓN		
CATEGORIAS	FRECUENCIA	PORCENTAJES
<i>Intelectuales</i>	473	26.07%
<i>Morales</i>	225	12.4%
Sociales	203	11.19%
Religiosos	197	10.86%
Globalizadores	156	8.6%
Temporales	92	5.07%
Espaciales	86	4.74%
Estéticos	82	4.52%
Corporales	76	4.19%
Afectivos	72	4.02%
Ecológicos	64	3.53%
Volitivos	31	1.71%
Instrumentales	21	1.16%
Individuales	18	0.99%
Dinámicos	17	0.94%

6.8. FINALIDAD DE LA EDUCACIÓN: EL EDUCANDO

En la jerarquía de valores manjoniana, el sujeto educando cobra importancia. Manjón es plenamente consciente de la trascendencia que tiene una educación, que permita poner en contacto los valores con los educandos para que estos los asimilen y así alcancen la perfección según el patrón o modelo supremo, Dios-Amor: *“Aspiramos a educar al hombre tal cual Dios le ha hecho y en relación con el fin que Él, y no los maestros ni legisladores le han señalado”* (Manjón, 1916: 25).

De la importancia que tiene la persona para Manjón, nos habla Buil: *“Manjón pone como finalidad de su obra educativa la persona, la mayéutica de la persona, que es tanto como poner a Dios al centro de la educación, porque la persona ha sido creada a su imagen y semejanza, y considerando la persona no hacemos sino poner en relieve las relaciones que ligan la criatura con su Creador”* (1963: 6).

De entre todos los hombres, Manjón se vuelca con los pobres de espíritu y materia, pues son los más necesitados de valores cristianos, que los pongan en contacto con Dios, valor supremo: *“De arriba viene todo don perfecto, y por tanto la salvación. Pero si el Salvador desciende de los cielos es para habitar en lo más humilde de la sociedad y para tomar del pueblo íntimo, de la plebe, su sangre, comida, oficio, vestido y lenguaje, y sobre todo, sus primeros discípulos para hacerlos sus apóstoles”* (Manjón, 1901: 95).

También Capitán Díaz, reconoce la trascendencia del hombre en la jerarquía axiológica manjoniana: *“El fin de la educación se asienta en el fin mismo del hombre, que es la felicidad, cuya plenitud no se alcanza hasta llegar a Dios”* (1988: 294-295).

En ese proceso de perfección y valorización del hombre, descubrimos su doble finalidad, temporal y eterna, como lo refleja Montero: *“Manjón distingue muy claramente la doble dimensión del hombre: los hombres son corporales y también espirituales, sus fines son temporales y también eternos”* (1988: 37).

De ahí que, a través de la educación como inculcadora de valores cristianos se pueda *“conseguir la dicha temporal y eterna del educando”* (Montero, 1988: 28).

Pues Manjón concibe que: *“El pan del alma y del cuerpo, de ahí lo que el pueblo de siempre necesita y pide, lo que preocupa a todos y sobre todo es vivir y morir bien. Estas dos ideas son madres de las demás, que de su fecundidad brotan y a su alrededor giran”* (1948: 61. E.N.).

Para alcanzar el hombre, la dicha temporal y eterna, es imprescindible para Manjón la formación del carácter de los sujetos, elemento indispensable sin el cual no se pueden alcanzar esas dichas, ya que para nuestro pedagogo: *“El mundo es de los caracteres, y que el carácter es la fisonomía moral del hombre”* (Prellezo, 1975: 110).

Así pues, para poder formar el carácter del hombre es necesario orientarlo a los valores más trascendentales, que dibujarán su fisonomía moral: *“El carácter*

es la resultante de una porción del hombre de concausas dominadas y dirigidas a un fin por el señorío de la voluntad enérgica, que perseverando en las acciones chicas o grandes engendra la fisonomía moral del hombre” (Prellezo, 1975: 111).

En suma pues, para Manjón, resulta evidente la importancia del educando, como sujeto que descubre los valores a través principalmente de la educación, y la trascendencia que ello supone para alcanzar la perfección y semejanza plena con su fin trascendente y eterno, sin olvidar los fines temporales que le acercan a su fin último: *“Hombre, sé hombre, hombre de Dios, sé de Dios, que es tu fin supremo, y serás hombre de bien , hombre moral”* (Manjón, 1923: 93).

6.8.1. VALORES DEL EDUCADOR

Si en la pedagogía manjoniana, el educando se convierte en el elemento principal sobre el que recae la tarea educadora, no es menos importante y trascendente el papel que desempeña en ella el maestro, esencialmente en su misión de transmisor de valores, tanto propios como de los expresados en el ideario de la institución.

Gervilla, al referirse al profesor como agente transmisor de valores en la escuela nos comenta: *“El profesor o educador ocupa un lugar preeminente y, acaso único, por cuanto la mayor parte de elementos que configuran un centro docente, y desde luego, los más decisivos en la transmisión de valores, se centran*

en él” (1988: 130).

La educación del alumno podemos afirmar, está netamente influida por el profesor, al ser este, un transmisor de valores de comportamientos conductuales, de razonamientos, de filosofías, de creencias, de comentarios religiosos, políticos, sociales..., es decir, el profesor en su tarea escolar no es un ser neutral, sino que es un emisor con notable influencia sobre las mentes y los valores de los educandos en formación, y desarrollo físico, intelectual, moral, religioso...

De los valores que transmita el profesor, dependerá en gran medida el tipo de persona que se forme. De todo ello no es ajeno el pensamiento pedagógico manjoniano.

La pedagogía manjoniana, coge parte del tomismo de Santo Tomas, y de la experiencia personal de Manjón, considera al maestro como un espejo de virtudes en los que se ha de mirar el educando, para perfeccionarle en los valores que le ayuden a alcanzar la felicidad temporal y eterna: *“El maestro ideal de niños es igual a un hombre sano, bueno y culto que educa enseñando, esto es, que al enseñar y transmitir reglas y conocimientos, desarrolla las facultades físicas, intelectuales y morales de los educandos en relación con su destino temporal y eterno, o aspira a hacer hombres cabales”* (Prellezo, 1975: 211).

Manjón, capta perfectamente la necesidad que el maestro tiene de identificarse plenamente con la jerarquía de valores que emanan de la pedagogía cristiana. Y por consiguiente que tenga fundamentados todos sus valores en la religión. En este sentido, Manjón considera como deber de todo educador, el ser

religioso: *“El maestro debe ser religioso, por ser hombre y para serlo, y por ser y para ser formador de hombres, cuyo más alto e irrenunciablemente deber natural y positivo es conocer y servir a Dios”* (Prellezo, 1975: 232).

Porque si el fin de la educación es tender a Dios, valor supremo y absoluto de la pedagogía manjoniana, el maestro debe estar formado y fundamentado en las verdades del Evangelio y por tanto la función que de aquí derivará no será otra que formar buenos y auténticos cristianos, educados en los valores de la religión.

Para Manjón, la educación religiosa y los valores que de ella se derivan, deberán ser enseñados por todos los educadores que se precien de serlo. En este sentido es bastante taxativo cuando afirma: *“La educación religiosa se dará por todo el que eduque, pues todo maestro está obligado a respetar la imagen de Dios impresa en el alma, y a continuar en su esfera la obra de los padres y secundar en su puesto los planes de la Providencia. Y quien para esto no valga, retírese de la enseñanza, que no hay puesto ni ciencia que valga lo que la salvación de las almas”* (Prellezo, 1975: 114).

La formación moral del maestro también preocupa a Manjón, es consciente que los valores morales que el maestro tenga asumidos se reflejaran en el educando: *“Maestro de cultivada inteligencia, instruye y educa además, y principalmente en el orden moral y religioso, persuadido de este es el fin principalísimo pedagógico de la Escuela: la formación del hombre moral, del hombre bueno y culto”*(Manjón, 1923: 111).

Por ello resulta imprescindible que la moral del maestro se fundamente en la religión. Así el aspecto que señala como más sobresaliente Manjón en el educador, *“es el de moralista y moralista cristiano, pues sólo un moralista cristiano es capaz de entender y sentir, hasta cierto punto, los estragos que el pecado causa en el educando, los cuidados que la moral exige, la veneración que el niño merece y los medios adecuados para evitar en lo posible y curar los males morales”* (Manjón, 1947:249).

En suma, para Manjón, como señala en su obra, *El hombre ideal*: *“ El maestro moral es el maestro ideal o cabal, porque sin moralidad, ni debe aceptar el cargo quien carezca de condiciones para ello, ni aceptado, dejará de desempeñarle como es debido”* (Prellezo, 1975: 256).

El maestro modelo , que se deduce de la pedagogía manjoniana debe estar pues, formado en los valores de Jesucristo como Gran Maestro de la humanidad, que transmitió con su ejemplo: *“Desde que Jesucristo se anonadó para educarnos, está trazando el tipo de educador cristiano: achicarse, humillarse, anonadarse, sacrificarse por salvar a los hombres, ofreciéndoles talento, bienes, salud, amor y vida, sin pedirles en recompensa nada”* (Prellezo, 1975: 350).

En su obra: *El maestro ideal*, Manjón, condensa los valores que debe poseer todo maestro para formar hombres cabales: *“Prudencia, justicia, fortaleza y templanza, forman la base del hombre completo, y el maestro, que debe ser el hombre cabal que aspira a hacer hombres cabales, ha de poseer dichas virtudes y cuantas en ellas se contienen o de ellas se derivan. Y la religión, fe, esperanza y*

caridad, sin las cuales no hay hombre cristiano que valga para educar a cristianos, forman al complemento del maestro perfecto, hablando en cristiano” (Prellezo, 1975:212).

Junto a estos valores que se recogen en la obra de Manjón (*El hombre ideal*), hemos de señalar otros, fruto del estudio del Discurso de 1897, en el que se constata la importante de los valores intelectuales, sociales, estéticos, temporales, individuales, en la formación de un buen educador.

Por eso, y con esto concluimos, el buen y verdadero maestro para Manjón, es aquel que entrega su vida y saber al prójimo, para sacarle de su ignorancia, encaminándole hacia el Amor fraterno, como vía de encuentro con su destino eterno, Dios.

6.9. EL VALOR SUPREMO DENTRO DE LOS VALORES MORALES Y RELIGIOSOS

La definida personalidad de Manjón, basada en una teología de influencia tomista, unida a un visión realista-trascendente del hombre y la vida, se refleja en la jerarquía de valores que nos transmite en su pensamiento pedagógico.

En la cúspide de los valores morales y religiosos, Manjón como ya reseñamos, sitúa el valor supremo y absoluto, en Dios que da sentido a la vida misma y sirve como espejo de virtudes (valores), donde debe contemplarse la humanidad.

La pedagogía manjoniana en su totalidad hace referencia a ese modelo o patrón, como finalidad a alcanzar e imitar. Pues como establece Gervilla: “*A la educación, en su aspecto teleológico, le es esencial la referencia a un modelo o patrón valioso. Éste justamente por su valiosidad, hace ser apetecible y valorado por el educando*” (1988: 109).

Así parece entenderlo Manjón cuando dice: “*Siendo Dios el primer principio, tiene que ser el último fin de todo y singularmente de la educación*” (1906: 12).

Es bien clara la orientación educativa y vivencial que debe darse en el Ave-María, respecto a los valores religiosos y morales: “*La idea y el amor y culto a Dios debe impregnar toda educación humana y cristiana, Él es el principio, el fin y el medio de esta segunda creación, como lo fue de la primera, así es que no hay educación atea y cuando se intenta educar sin Dios, se intenta un absurdo, un imposible, además de una impiedad*” (1907: 35).

La educación en Cristo para Manjón, debe ser obra de todos los coeducadores que intervienen en el sagrado oficio de orientar a las personas hacia valores cristianos: “*Instaurar toda la educación en Cristo debe ser el lema de todos los coeducadores cristianos*” (1947: 50).

Para Manjón, Jesucristo supone la piedra angular y el ejemplo vivo sobre el que gira todo el sistema educativo y toda la humanidad: “*Jesucristo es la clave de la humanidad, el Maestro de los siglos, el Verbo de Dios humanado, aquel por quien fueron hechas todas las cosas y reciben ser, luz y vida, el Autor, Libertador*”

y Santificador del humano linaje, con el que se desposó en el seno de una Virgen y al cual redimió desde lo alto de una cruz, Él es la Virtud, Sabiduría y esplendor de la gloria del Padre, y el Camino, la Verdad y la Vida que a Él conducen, en sus manos puso el Padre todas las cosas, y por eso es el Señor, Rey y Dueño de todas ellas. ¿Y no habría de serlo de la escuela? Nuestras Escuelas son suyas, y por eso se llaman cristianas” (1901: 12).

Así la existencia del valor supremo (Dios), en la jerarquía axiológica manjoniana no ofrece duda. Para Manjón: *“Existe Dios porque, la ley moral grabada en la conciencia del hombre revela un Ser Espiritual, Moral y Santo que las grabó, porque en todo hay sabiduría, orden y sanción, lo cual Revela una Suprema Inteligencia, Voluntad e Imperio, porque todos los hombres de todos los tiempos y climas han dado testimonio de esa verdad, todas las religiones son otros tantos testimonios y porque si no existiera habría que inventarle, porque lo temporal supone necesariamente lo eterno, el efecto supone la Causa... y la ordenación y encadenamiento de lo fines al Último. Y sin este ser necesario nada habría posible sin este Ser eterno nada habría temporal” (1947: 367).*

La supresión pues de Dios de la vida humana y consecuentemente de la educación como fin último y trascendente, para Manjón supondría la desaparición de: *“La vida racional, viril, honesta, resignada y respetada, se convierte en un verdadero absurdo, por no decir en un sarcasmo” (1947: 63).*

Establecida la necesidad y trascendencia del valor absoluto en la pedagogía manjoniana, así como su existencia y ejemplo vivo en Jesucristo, los

fines hacia los que se orientará la pedagogía manjoniana y en general toda educación, así como los fines del hombre, vendrán impuestos por el valor supremo (Dios) y no por el educador: “*Los fines del hombre no los marca el educador, sino que es Dios quien los fija*” (Montero, 1988: 24).

En consecuencia, se desprende del pensamiento manjoniano, una imperiosa necesidad por educar en el amor a Dios, que se traduce en el amor al prójimo, como puente de salvación del hombre.

Con ello Manjón, pretende alcanzar la plenitud del hombre, en su integración, haciendo de él un ser bueno, arrebatándoselo de esta forma a las fuerzas del mal. Es por ello que Manjón educa en sus escuelas a los más desfavorecidos, pues es consciente que son los que se encuentran más cerca del mal y más lejos de Dios, por ignorancia, que es el Sumo Bien a imitar, Norte y guía de todo hombre de bien.

En la escala de valores manjoniana, la Moral y los valores morales, junto con los religiosos, que se derivan de ella, tienen su raíz en el valor absoluto Dios, que rige y preside todo el pensamiento pedagógico de Manjón.

Separar la Moral de Dios, no tiene sentido alguno en la pedagogía manjoniana, ambas se encuentran interrelacionadas, hasta el punto que Manjón identifica valores religiosos con los valores morales, inmersos en un conjunto armónico (1923).

En su obra *El maestro mirando hacia dentro*, nos comenta: “*Toda moral sea religiosa, por fundarse en la dependencia que de Dios tenemos como causa*

primera y en la ordenación que para con Él, guardamos como fin último” (1923: 213).

Ya en su discurso de 1897-1898, base de toda su obra pedagógica, se refería a la ley moral, reflejada por Dios en los mandamientos: *“Dios ha fijado la ley de la moral en los mandamientos, Jesucristo la ha confirmado y ampliado con sus consejos, la Iglesia ha recibido misión de interpretarla y explicarla a los hombres y pueblos. Ya sabemos, pues, quién es el legislador, la ley y el juez llamado a interpretarla”* (1905: 36).

Para Manjón, una moral para ser considerada como tal, debe ser consecuentemente religiosa, pues: *“No hay moral atea, sino que toda moral o es religiosa o no es moral”* (1923: 214).

Pero no sólo basta que sea religiosa, sino que además es necesario vivirla con los ojos de la fe: *“Sin fe religiosa no hay vida moral, sino indiferencia, que es el frío del alma y la muerte de individuos y pueblos”* (Manjón, 1901: 15).

Manjón, hombre de fe, considera a la Iglesia madre de la educación en los valores morales y religiosos de la sociedad: *“La Iglesia, que tiene a su cargo la moral o ley del bien obrar es la primera potencia educadora del mundo”* (1945: 30), heredera y transmisora universal de las verdades morales que Jesucristo enseñó: *“La misión de Jesucristo y su Iglesia no es enseñar letras ni ciencias, pero sí educar enseñando las verdades que son el fundamento de la educación moral, que está por encima de toda literatura y ciencia y es el fin principal del verdadero saber pedagógico”* (1923: 45).

Que duda cabe, que Manjón es uno de los máximos representantes de la época, pues supo comprender la gran necesidad de predicar no sólo desde el púlpito, sino de acercarse a la mísera realidad de los más humildes en un intento por erradicar la pobreza y corrupción moral que les azotaba. Nos transmite a través de su pedagogía las verdades o valores morales cristianos que pudieran ayudarles en su maltrecho caminar, *“contra la corrupción la educación moral”* (Prellezo, 1975: 272), pues comprende que, *“el gran enemigo de la educación moral, es la antieducación de la inmoralidad”* (Manjón, 1923: 194).

Así, para Manjón educar en la moral cristiana y en su recta ordenación, *“consistirá en dar el conocer y persuadir y practicar las ideas y deberes que alumbran el camino de la rectitud y bondad, venciendo con la verdad al error, con el bien al mal, con la razón la pasión, con los buenos hábitos las malas tendencias, hasta hacer que el educando sea uno y no dos, hombre, persona y carácter moral, y no un juguete de sí y de los errores, opiniones y corrupción de los hombres”* (1923: 91-92).

Es por ello que la pedagogía manjoniana basada en la recta doctrina cristiana, orienta su moral hacia el amor de Dios y de los hombres, como vía necesaria para alcanzar el fin trascendente y último que dé sentido a la existencia: *“El primer deber de la moral es conocer, servir y amar a Dios, el segundo, mirar y cuidar de la vida del alma, que es la virtud, el tercero es educarnos para llenar esos fines morales, educación que no puede menos de ser ético-religiosa, y el cuarto es cumplir con estos deberes desde que los conocemos y no dejarlos para*

cuando lleguemos a mayores” (1923: 110).

Así para Manjón, cuanto más se inculque esta moral, y sus deberes, más pronto se encauzará al hombre por el camino del Amor y la Bondad, que es el camino de Dios.

6.9.1. VALORES QUE SE DERIVAN DE LA MORAL MANJONIANA

La moral que emerge de la pedagogía manjoniana, se orienta a desarrollar un hombre virtuoso, educado en los más profundos valores cristianos, en especial en los valores morales que se desprenden de una moral teocéntrica.

Así Manjón considera que para formar al hombre moral, hay esencialmente cuatro valores – virtudes – morales: *“Cuatro son las virtudes morales principales, llamadas también fundamentales por ser la base y fundamento de las demás, y cardinales por ser el quicio sobre el cual todas las demás se mueven y giran, estas virtudes se llaman prudencia, justicia, fortaleza y templanza”* (1923: 7).

La prudencia, *“es luz que alumbra al entendimiento para que conozca el fin y los medios a él conducentes, guiando la voluntad hacia el bien y apartándola del mal”* (1923:8).

La justicia, *“mueve la voluntad a dar a cada uno lo que se le debe en conformidad con lo que Dios quiere”* (1923:8).

La fortaleza, “*es la virtud y esfuerzo varonil del ánimo para soportar el trabajo y vencer los obstáculos que se oponen al cumplimiento del deber*” (1923:8).

La templanza, “*modera y refrena los deseos e inclinaciones de la carne y lo sentido, conteniéndolos dentro de los límites prescritos por la razón y la fe*” (1923:8).

Estos valores morales que para la pedagogía manjoniana son fundamentales, coadyuvan junto a los que de ellos se derivan a dar valor al hombre, a enriquecerlo espiritual y corporalmente, a hacerlo digno a los ojos de Dios y sus semejantes.

Hay otros valores dentro de la dimensión moral y religiosa que son muy importantes para Manjón. Nos referimos a la tremenda importancia y trascendencia que tiene para Manjón educar en los valores del amor, de la bondad, rectitud, de la pureza, educar en las buenas obras, en la generosidad hacia Jesucristo, en el evangelio...etc. Estos son los valores (morales y religiosos), la esencia que hace que el hombre sea hombre y no animal, los valores que más le acerca a su destino temporal y eterno.

Pero la pedagogía manjoniana no sólo se limita a predicar un amor teórico, sino que lo traduce en un amor de obras bondadosas hacia el prójimo, poniendo como guía y ejemplo vivo la figura y obra de Jesucristo, como medio para alcanzar al Padre: “*Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos, eso es toda virtud y todas las virtudes, todas la ley y toda la*

moral. Quien sabe amar con amor afectivo y efectivo, esto es, con amor y obras, a Dios sobre todas las cosas y al prójimo en Dios y por Dios, y sabe ser hombre completo y cristiano cabal y santo, que es cuanto hay que ser” (1947: 402).

Pero Manjón comprende que los valores morales no tendrían razón de ser si no fuera en relación al hombre, al cual se pretende inducir en el camino de la moral cristiana. De ahí la tremenda importancia que tiene para nuestro pedagogo el hombre, (aspecto que hemos recogidos dentro de los valores sociales), como valor en sí mismo: *“Porque el cumplimiento del deber impone sacrificios, la cantidad de estos da la medida del valor moral del hombre, y en las ocasiones en que el cumplimiento del deber es más arduo y la cantidad del sacrificio más subida, y cuando más y más se prueban los hombres que valen y los que no valen, los que velen para más y para menos. La vida es una prueba y prueba continua del valor del ser humano, no hay vida sin prueba, y la vida más noble, digna, honrosa, meritoria y santa, la del mayor valor moral, es la más probada. No es el talento, ni el origen, ni el poder ni la riqueza lo que más vale en el hombre, es el cumplimiento del deber a todas horas y en todas las ocasiones de la vida”*(1947: 61).

Otros valores morales que conforman la personalidad y el “edificio moral” del hombre, los encuentra Manjón en la Patria (valor espacial), fuente de identidad y carácter de la raza.

Con ello Manjón pretende potenciar el amor a la tierra, como elemento de unión y fraternidad entre todos los hombres: *“Al educar, hay que hacer Patria y*

la Patria no es sólo y principalmente el territorio, el ejército, la riqueza o las naves, un conjunto de ideas morales e históricas que nos unen tan fuertemente que las consideramos como parte de nuestra conciencia y sentimiento y nos llevan en todo tiempo a estimarlas, y en momentos dados, a sacrificarlo todo por ellas, es una comunidad de recuerdos y esperanzas, de ideas y afectos, que tienen sus raíces en el pasado, su vida en el presente y sus aspiraciones en el porvenir” (1947: 344-345).

En suma, para nuestro canónigo, subyace en toda su moral, y en todos los valores que de ella derivan, un expreso deseo, de hacer feliz al hombre, de una felicidad que abarque todo el existir humano, y no convierta su paso por la vida, en tan sólo un valle de lágrimas, sino en una estación de paso para alcanzar la dicha eterna y la terrenal: *“La felicidad es vocación del hombre, su primer derecho y su más grande esperanza, por imperativo natural, es lícito entender que no hemos nacido para ser desgraciados, y que Dios desea que seamos felices: sed perfectos y seréis felices”* (Capitán, 1988: 318).

Así pues, en la pedagogía manjoniana, la felicidad y el amor son el centro de toda la moral y consecuentemente de todos los valores morales.

Por tanto los valores físicos e intelectuales en al pedagogía manjoniana están supeditados a los valores morales y religiosos, que se derivan a su vez del valor absoluto, Dios.

6.9.2. LA EDUCACION COMO TRANSMISORA DE LOS VALORES EN LA PEDAGOGIA MANJONIANA

Hablar de educación en el pensamiento manjoniano, implica hacer referencia a una muy definida escala de valores comentada anteriormente.

Para Manjón la educación supone el mejor instrumento, de que se puede disponer para transmitir valores, siendo estos el fundamento de aquella, sin los cuales no sería una realidad su existencia, pues como afirma Gervilla: *“Los valores son el fundamento de la educación, y por lo mismo, imposible realizar ésta sin una referencia a aquéllos”* (1988: 142).

Manjón es consciente de la importancia que tiene una buena educación y de los valores que con ella se transmiten para el posterior desarrollo y consecución de un hombre y una sociedad enteramente valiosos: *“Porque de la educación buena o mala depende la grandeza o ruina de las naciones”* (Prellezo, 1975: 123).

La educación para Manjón, tiene valor por sí misma: *“El padre tiene fe en el valor de la educación, que cree que, ayudando a los hombres a abrir su inteligencia, se les ayudará también a educarse”* (Turín, 1967: 273).

Piensa que ofreciendo una educación cargada de valores cristianos, puede ayudar a los hombres a hacerse valer por sí mismos, y alcanzar así las metas temporales y eternas para las que han sido creados: *“Para poder vivir se necesita valer, y lo que hace a un hombre superior a otro en punto a ganar de comer y*

saber vivir, es el trabajo, la inteligencia y la honradez. Mas como estas aptitudes no se adquieren o se obtienen en menor grado del que se necesitan para poder competir, sino por el cultivo de una buena educación, se sigue de aquí la necesidad de educar bien para no dejarse arrinconar y morir, para hacerse valer y poder competir. Quien quiera, pues, comer y valer, debe aprender a leer y escribir, a pensar y calcular, a combinar y trabajar, a ahorrar y gastar, y quien quiera ser feliz en todo evento y para siempre, debe saber creer, orar, obrar y pensar en cristiano, y de esa manera dominará en el tiempo y en la eternidad, aquí no será infeliz y allá será dichoso”(Manjón, 1947: 61-62).

El valor de la educación cobra en Manjón mayor importancia, por el mundo de pobreza que le rodea, como realidad más cotidiana.

Por ello como recoge Capitán Díaz, refiriéndose a Manjón: *“La educación es un proceso que se incrusta en el de la redención cristiana de la humanidad”* (1967: 311).

En palabras del propio Manjón: *“La educación debe ser un medio de regeneración individual y social”* (Prellezo, 1975: 320).

Dado el panorama de depravación y corrupción moral que se presencia en el camino que recorre habitualmente de la abadía del Sacromonte a la Universidad, la educación como transmisora de valores que regeneren al pueblo caído, llega a convertirse para Manjón en una necesidad apremiante.

Montero, gran conocedor de todo lo relacionado con la pedagogía manjoniana, nos dice al respecto: *“Manjón descubre la necesidad de la educación*

para insertar al hombre en la sociedad en que vive” (1988:38).

De ahí la trascendencia que la educación tiene para redimir a los hombres de su ignorancia y pobreza, teniendo como mayor problema el de la salvación de las personas: *“El problema de la educación es el problema de la salvación de individuos y pueblos, por eso quien ama a los hombres y a la patria no puede menospreciar la educación, que es la llave del porvenir temporal y eterno” (Prellezo, 1975: 360).*

La educación manjoniana, tiene como principal objetivo, acercar al hombre a sus fines trascendentes, por medio de los valores cristianos que le señalen el recto caminar por este mundo, de transición al eterno: *“Somos seres destinados para altos fines, y la educación ha de tender a regirnos, ordenarnos, instruirnos y habilitarnos para estos fines, si ha d ser racional y humana” (Manjón, 1923: 190).*

Por tanto la función y aspiración máxima de la educación para Manjón y se transmite en su modelo axiológico de educación integral, no es otra que perfeccionar al hombre y asemejarlo al valor supremo y absoluto, Dios-Amor, utilizando en el trayecto que los separa, los valores morales, físicos e intelectuales, corporales, estéticos, volitivos, sociales, ecológicos, individuales, etc, que le orienten y le lleven a Él.

Así, los valores máximos de que se vale la educación manjoniana para educar y redimir al hombre son el Amor y la Bondad: *“Quien no sepa amar, no sabe educar, ni a sí ni a los demás. El gran medio de la educación es la bondad,*

es el amor. Dios nos hizo por su bondad y amor, y al darnos la libertad no quiso librarnos de ser buenos con Él, ni de amarle como Él nos ama, sino intentó que nuestra bondad y amor fueran el tributo digno de seres libres que le obedecen y aman” (Manjón, 1947: 45).

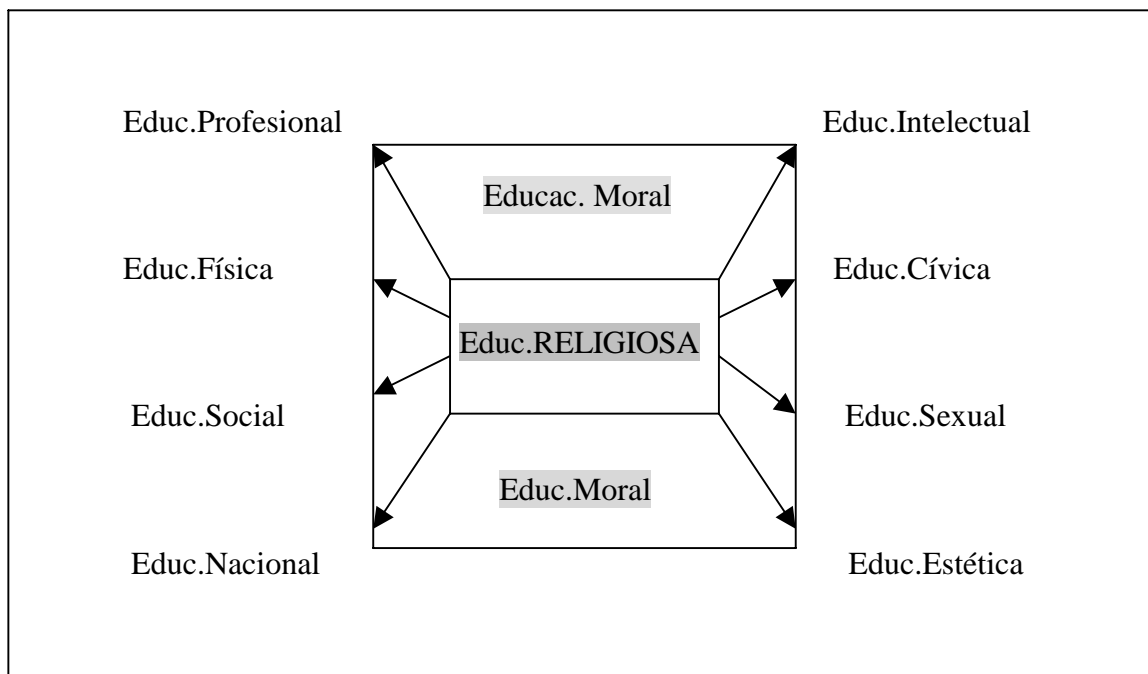
6.9.3. ORDENACION DE LAS ASIGNATURAS EN LA PEDAGOGIA MANJONIANA

El orden de prioridad de las asignaturas que se imparten en la educación manjoniana, es claro reflejo de una escala de valores fundamentada en la filosofía cristiana, donde Dios es el centro en el cual converge el sentido primero y último de la educación y la vida humana pues: *“Al no existir una ordenación jerárquica de valores de asentimiento universal, la prioridad de unas u otras materias curriculares vendrá ya determinada por la filosofía imperante, marxismo, cristianismo, vitalismo, etc.”* (Gervilla, 1988: 116).

En el prólogo al *Maestro mirando hacia dentro* (1923), realizado por el Excmo Arzobispo de Granada, Agustín Parrado, nos expresa el organismo base que se representa la educación católica, en la cual viene a apoyarse la pedagogía manjoniana, identificándose plenamente con la jerarquía de valores que sostiene y que hemos señalado anteriormente.

Textualmente nos dice que: *“Ha sido representado por alguien el organismo católico de la educación bajo la forma de un esquema: tres círculos concéntricos, el*

central es la educación religiosa, el medio es la educación moral, el exterior está dividido en sectores, pero ninguno de ellos deja de tener conexión con ninguno de los otros sectores. Los distintos sectores representan: educación física, intelectual, profesional, sexual, cívica, nacional, social, estética. He aquí la educación completa” (Manjón, 1923: XXIII).



Ciertamente, si observamos el organismo educativo manjoniano y la ordenación de sus materias, comprobamos la influencia, que debió ejercer este organismo católico de la educación en Manjón. A ello parece contribuir varios factores ya analizados: su alto celo religioso de entrega por la causa de los

humildes, el pauperismo que impera en España entre las clases sociales más deprimidas, así como la política educativa de marcado carácter anticlerical que llevó a cabo el liberalismo español de la Restauración.

Buil, parece encontrar como mayor razón, a esta última, para centrar la educación en lo religioso, dice así refiriéndose a Manjón: *“Subraya la conveniencia de una tal concentración para contrarrestar la nefasta influencia del Estado Liberal Español, en aquellos días que pretendía monopolizar la enseñanza y para salvar la juventud de la corrupción moral e ideológica, como consecuencia del liberalismo reinante poniéndola bajo el amparo de Dios y su Cristo, de la Religión y de su doctrina”* (1963: 15).

En efecto, Manjón sitúa su ideal pedagógico en la doctrina y el ejemplo vivo de Cristo: *“Como para cristianos el hombre cabal y perfecto es el cristiano perfecto, en la doctrina y vida de Cristo ponemos nuestro ideal pedagógico”* (Prellezo, 1975: 301). Llegando de esta forma los valores que se desprenden de su pensamiento pedagógico a generar el ideal o ideario de las escuelas del Ave-María. Pues según Gervilla: *“Los valores, y más en la educación, son generadores siempre de las normas e idearios de los centros educativos y de las leyes”* (1988: 144).

Así pues, en la ordenación curricular de las materias de la pedagogía manjoniana, se ponen como valores ideales, los valores religiosos, de los que dependen una vez asumidos todas las materias o asignaturas: *“Como Dios está sobre todas las cosas y las ha hecho para su gloria, así la ciencia de la Religión*

está sobre todas las asignaturas, que deben orientarse hacia ella” (Manjón, 1947: 78-79).

La Religión para Manjón, no es un hecho subjetivo, que pueda ser interpretado por cualquiera y de cualquier modo, sino que se trata de un hecho objetivo, que no nace, sino que es obra y don de Dios: *“La religión no nace, como la filosofía, del discurso de la razón, sino como un hecho hijo de la voluntad divina, y como en toda obra, y más si es de Dios, ha de haber unidad, saber que la clave de tantos hechos como forman la historia de la religión es Cristo. Este es el hecho, el grande hecho, el hecho central y culminante de la historia, al cual todo se refiere y con el cual todo se relaciona”* (Prellezo, 1975: 244).

La religión en el pensamiento manjoniano, cobra una mayor importancia, al servir de hecho explicativo para el ser humano, de cual es su destino, y la contestación a sus preguntas más trascendentales referentes al por qué de su existencia. Hecho este que ha preocupado a todos los hombres de todos los tiempos, países y épocas, pues: *“Sin la religión no sabríamos ni de dónde venimos, ni a dónde vamos, ni por donde debemos ir o cual es el destino de esta vida”* (Prellezo, 1975: 232).

Por ello la religión en la pedagogía manjoniana, *“vale tanto como vínculo o lazo que une al hombre (individual o colectivamente), con Dios”* (Manjón, 1947: 324). Y como la enseñanza de la Religión es el Norte y guía de toda la pedagogía manjoniana, así como medio de regeneración social y espiritual de la

humanidad. Manjón, tiene como máxima aspiración, el integrar esta asignatura en el programa educativo español, independientemente de la ideología del que gobierne: *“La preocupación por conseguir ese fin era bastante antigua en Manjón, tan antigua como las Escuelas del Ave-María”* (Montero, 1959: 151).

Puesto que entiende sencillamente, y es lo que humildemente quiere que comprendan, que: *“La religión es como Dios, que está en todas partes, y no puede faltar de la Escuela sin dejar de ser Escuela, ni omitirla el maestro sin dejar de ser maestro”* (Manjón, 1923:11).

Esta idea de poner la religión como centro y base de toda la educación, la expresó Manjón especialmente en: *El catecismo como asignatura céntrica*. Se trata de una memoria que presentó Manjón en el primer Congreso Catequístico Nacional, en 1913, en la ciudad de Valladolid.

Para Manjón, poner el Catecismo como asignatura céntrica de toda la educación, supone dos cosas: *“una, que ha de haber un catecismo aceptado, y otra, que ese catecismo sea el centro de toda la enseñanza primaria, la cual debe darse en forma céntrica, esto es, de modo que las demás asignaturas (así llaman a las diferentes clases de conocimiento), por razón del fin ético y pedagógico, vengan a parar en lo que es centro de la educación cristiana, que es la doctrina de Cristo”* (Prellezo, 1975: 474).

Lo que Manjón pretende al poner el catecismo como base de la religión y centro neurálgico de toda la educación no es sino dar una orientación cristiana a la vida de los sujetos, que sepan vivir las verdades de Cristo, identificándose con

ellas, y no conviertan su existir en una pesada carga, sino que tenga prolongación eterna. Por eso como recoge Montero, catequizar para Manjón, no es: “*Saber enseñar mucha religión de manera metódica y racional. Se trata de dar una orientación a la vida*” (1959: 79).

Porque educar en el Catecismo para Manjón supone: “*Enseñar a vivir según su doctrina, es aprenderle para entenderle, y entenderle para amarle y saberle practicar con amor y conciencia, como quien le pone sobre su cabeza para que alumbre todos sus caminos y lo aprieta junto al corazón para que sea norma de toda la vida*” (Manjón, 1947: 106).

Por consiguiente, si el catecismo base de la religión en la pedagogía manjoniana, es el fin al que se orientan todas las asignaturas, la enseñanza de todas y cada una de ellas tendrán como misión: “*Orientar todos los conocimientos a Dios*” (Montero, 1959: 94).

Para que pueda ser llevado a efecto, Manjón aconseja lo siguiente: “*Si se quiere hacer de la religión la base de la instrucción educadora, procúrese que en todas las instrucciones haya expresa o latente una idea moral y religiosa. Como Dios se encuentra en todas las cosas, así la religión, que no es sino Dios en relación con sus criaturas*” (Prellezo, 1975: 490).

El orden pues, de las asignaturas que se imparten en la pedagogía manjoniana, atendiendo a la jerarquía axiológica que se deriva del pensamiento de Manjón, la ha recogido perfectamente Montero en su libro: *Didáctica Manjoniana*.

La asignatura céntrica en el programa educativo manjoniano volvemos a insistir, es la Religión, basada en el Catecismo: “*Manjón encabeza su programa con la Religión*” (Montero, 1959: 68), de la cual deriva la Moral y los valores morales cristianos que se pretenden inculcar en los alumnos.

En un segundo plano encontramos las asignaturas que se enseñan en el Ave-María, siempre relacionadas con los valores morales, derivados de la Religión: “*Lo segundo que él quiere que se enseñe en las Escuelas del Ave-María para mejor educar es la lengua patria*” (Montero, 1959: 80), y dentro de ésta, resalta, el lenguaje hablado, la lectura, la escritura, el diario, la ortografía, el análisis, la gramática.

“*Lo tercero que Manjón desea se enseñe en sus Escuelas para mejor educar es la Patria*” (Montero, 1959: 97), y dentro de ésta la Geografía y la Historia.

A continuación le siguen la aritmética y la Geometría. Las artes como la música, dibujo, declamación y representación, todas ellas englobadas en la educación estética.

También concede Manjón gran importancia a la educación manual o profesional. Y finalmente, las ciencias naturales, “*último punto que el fundador de las escuelas del Ave-María, quiere que se desarrolle para educar al niño*” (Montero, 1959: 138).

Si comparamos ahora el cuadro o programa educativo manjoniano, con el programa de la educación católica, expuesto al principio, comprobaremos, la

similitud existente, en que se fundamentan ambos programas, en una filosofía de la educación de carácter netamente cristiano, en cuyos valores se pretende formar a la sociedad. Para educarlos en el amor al prójimo y a Dios, con el objeto de hacer una sociedad y un mundo más digno, puro y armónico, donde reinen la paz, el amor y la bondad como valores esenciales de los hombres.